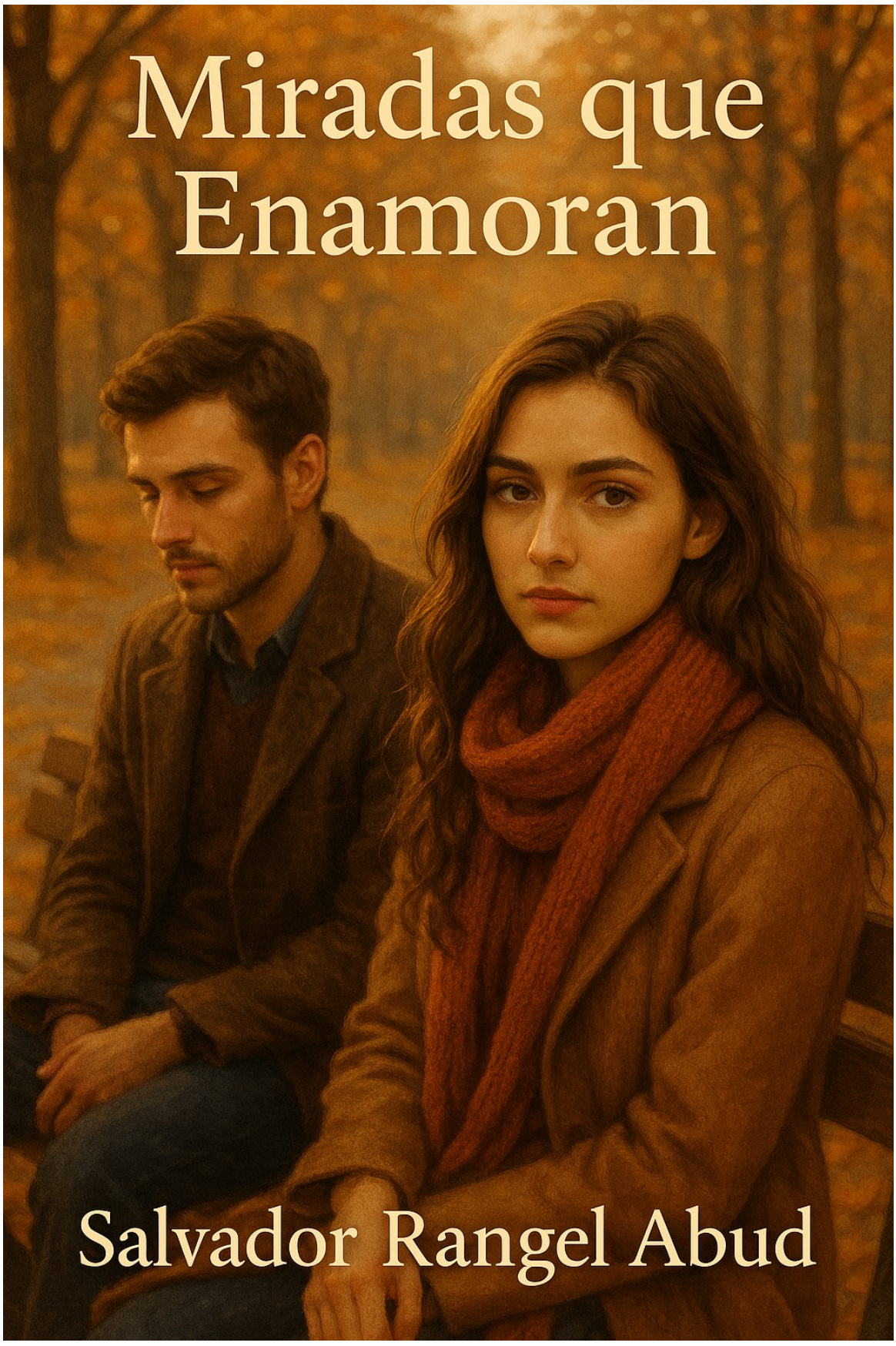
Miradas que Enamoran
Salvador Rangel Abud

MIRADAS QUE ENAMORAN

INDICE

Prólogo
Capítulo 1: El niño que obtenía lo que quería
Capítulo 2: Su padre tampoco puede resistirse
Capítulo 3: Sus maestros son víctimas del encanto
Capítulo 4: La mirada contra los músculos
Capítulo 5: El baile de graduación y el triángulo amoroso
Capítulo 6: Nuevos horizontes universitarios
Capítulo 7: El poder de la persuasión académica
Capítulo 8: Corazones rotos y lecciones aprendidas
Capítulo 9: Prácticas profesionales y nuevas tentaciones
Capítulo 10: El primer trabajo y el poder corporativo
Capítulo 11: La crisis de los 25 y la búsqueda de autenticidad
Capítulo 12: El amor que no se puede conquistar
Capítulo 13: Secretos revelados y corazones heridos
Capítulo 14: Renacimiento y nuevos comienzos
Capítulo 15: Jenny y el verdadero amor
Epílogo

Prólogo

Hay encuentros que suceden cuando menos los esperamos, como esas brisas de octubre que llegan sin aviso y nos envuelven en su fragancia de hojas caídas y melancolía anticipada, así fue aquella tarde en Rittenhouse Square, en el corazón de Filadelfia, cuando me senté en un banco de hierro forjado que había conocido mejores épocas y mejores espaldas que la mía, cansada después de un día que no había sido particularmente difícil pero sí suficientemente largo como para desear un respiro antes de regresar al apartamento donde me esperaba únicamente el silencio y quizás un libro que llevaba semanas tratando de terminar sin éxito, no sé exactamente qué me llevó hasta ese banco, quizás la costumbre de caminar sin rumbo cuando la ciudad se viste de otoño, o tal vez esa necesidad indefinible de estar entre la gente sin tener que hablar con nadie, de sentirse acompañado en la soledad, paradoja que solo quienes viven en grandes ciudades entienden verdaderamente.

Ella se sentó a mi lado sin pedir permiso, aunque tampoco era necesario pedir permiso para sentarse en un banco público, llevaba un abrigo color caramelo que contrastaba con su cabello oscuro, y cuando la miré por primera vez noté que sus ojos tenían esa cualidad particular de las personas que han visto demasiado o que han comprendido demasiado pronto las verdades que el resto de nosotros tardamos toda una vida en apenas vislumbrar, no era joven aunque tampoco podría decirse que fuera mayor, estaba en esa edad indefinida donde la belleza ya no depende de la juventud sino de algo más profundo y permanente, una presencia que se instala en el espacio sin ocuparlo agresivamente, como la música de fondo en una cafetería bien elegida.

—Los ojos son puertas, no ventanas, dijo sin mirarme, como si continuara una conversación que habíamos iniciado hace tiempo, y yo, que debería haberme sorprendido por la familiaridad de alguien que acababa de sentarse a mi lado, me descubrí asintiendo como si aquella declaración tuviera todo el sentido del mundo, las ventanas solo permiten mirar, continuó ella, pero las puertas se pueden atravesar, y algunas personas tienen las llaves de puertas que ni siquiera sabíamos que existían.

No respondí inmediatamente, a veces el silencio es la única respuesta apropiada ante ciertas declaraciones, y ella pareció entenderlo porque tampoco esperó que yo dijera algo, simplemente se acomodó en el banco, cruzó las piernas con esa elegancia natural que no se aprende en ninguna escuela de etiqueta, y comenzó a hablar de Livingstone O'Farril, ese era su nombre, Livingstone, aunque ella lo llamaba Livin con una ternura que parecía haber sobrevivido a muchos años y quizás a muchas decepciones, era un hombre extraordinario, me dijo, pero no del modo en que la mayoría de la gente usa esa palabra, no era extraordinario por su inteligencia o su talento o su belleza, aunque seguramente tenía algo

de todo eso, era extraordinario porque podía hacer que las personas hicieran lo que él deseaba, simplemente mirándolas.

El escepticismo debió notarse en mi expresión porque ella sonrió, no era una sonrisa burlona sino comprensiva, la sonrisa de quien sabe que lo que está a punto de contar suena imposible pero que ha dejado de preocuparse por convencer a otros de su veracidad, sé cómo suena, dijo, yo misma habría pensado que era una locura si no lo hubiera visto con mis propios ojos, si no lo hubiera experimentado, si no hubiera pasado años tratando de entender cómo era posible que un ser humano tuviera ese don, esa maldición, porque no estoy segura de si fue un don o una maldición, quizás ambas cosas, como suele suceder con los poderes que nos distinguen de los demás, que nos elevan y nos aíslan al mismo tiempo.

Jenny Morrison, así se llamaba ella, aunque no me dijo su nombre sino hasta más adelante en nuestra conversación, cuando ya habíamos establecido esa extraña complicidad que a veces surge entre desconocidos que se encuentran en el momento preciso, me habló durante horas de Livingstone O'Farril, me contó cómo siendo apenas un niño de cinco años había conseguido que un compañero le regalara un juguete que momentos antes se había negado a prestar, cómo su padre, un hombre razonable y firme en sus decisiones, había cambiado de opinión sobre comprarle un videojuego después de una breve conversación en la que el niño simplemente lo había mirado y le había explicado por qué lo necesitaba, cómo sus maestros modificaban calificaciones, cómo sus compañeros hacían lo que él sugería sin entender muy bien por qué, todo sucedía cuando él establecía contacto visual, me explicó Jenny, cuando concentraba su atención en la persona y en lo que deseaba, entonces algo pasaba, algo que no podía explicarse con psicología convencional ni con simple carisma, era como si su mirada abriera una puerta en la mente de las personas, una puerta que llevaba directamente a ese lugar donde se toman las decisiones, donde reside la voluntad.

Me habló de la adolescencia de Livin, cuando comenzó a darse cuenta conscientemente de su poder, cuando dejó de ser un fenómeno accidental para convertirse en algo que podía controlar, al menos hasta cierto punto, me habló de sus dilemas morales, de las noches en que se preguntaba si las personas que lo querían realmente lo querían o si simplemente habían sido influenciadas por su mirada, de las relaciones que terminaban porque él nunca podía estar seguro de la autenticidad de los sentimientos ajenos, de las oportunidades que conseguía y que luego lo hacían sentir como un impostor, como alguien que había hecho trampa en el gran juego de la vida.

La tarde se convirtió en noche mientras Jenny hablaba y yo escuchaba, las luces del parque se encendieron, la gente que había estado paseando comenzó a dispersarse, el aire se volvió más frío pero ninguno

de los dos se movió de ese banco, ella porque necesitaba contar esa historia y yo porque necesitaba escucharla, aunque no sabía muy bien por qué, quizás porque todos necesitamos historias que nos recuerden que la realidad es más extraña y más compleja de lo que nuestras rutinas nos permiten percibir, o quizás porque la historia de Livingstone O'Farril tocaba algo universal, algo que todos hemos experimentado en menor medida, ese deseo de influir en otros, de ser irresistibles, de tener el poder de hacer que las cosas sucedan como queremos que sucedan.

—¿Y tú?, le pregunté finalmente, cuando hizo una pausa para mirar hacia los árboles oscuros del parque, ¿tú también caíste bajo su hechizo?, ella guardó silencio durante un tiempo que pareció muy largo, y cuando finalmente habló, su voz tenía una cualidad diferente, más íntima, más dolorosa, eso es lo más extraordinario de todo, dijo, desde el primer momento en que nos conocimos, Livin decidió no usar nunca su poder conmigo, quería que lo que hubiera entre nosotros fuera completamente real, sin influencias, sin trucos, sin atajos, y esa decisión, esa promesa que se hizo a sí mismo y que me hizo a mí, fue lo que hizo que lo amara verdaderamente, pero también fue lo que casi nos destruyó, porque hubo un momento, un momento terrible en mi vida, en que necesité desesperadamente su ayuda, y él tuvo que elegir entre mantener su promesa de autenticidad y usar su don para salvarme.

No me contó qué había elegido Livin en ese momento crítico, dijo que esa parte de la historia llegaría en su momento, si yo decidía escucharla, y yo ya sabía que la escucharía, que volvería a ese banco o a donde fuera necesario para conocer el resto, porque hay historias que se adhieren a nosotros como la hiedra a los muros viejos, historias que necesitamos conocer hasta el final no por curiosidad sino por algo más profundo, por esa necesidad humana de entender cómo otros han navegado los dilemas que todos enfrentamos, cómo han lidiado con el poder y la responsabilidad, con el deseo y la ética, con el amor y la autenticidad.

Cuando finalmente nos levantamos del banco, cuando Jenny se despidió con la promesa de que nos veríamos pronto, cuando caminé de regreso a mi apartamento por calles que ahora me parecían diferentes, más llenas de posibilidades y de misterios, supe que acababa de comenzar algo, que había sido elegido para escuchar y quizás para contar una historia que merecía ser preservada, no porque fuera extraordinaria en el sentido fantástico de la palabra, sino porque era profundamente humana, porque hablaba de nosotros, de todos nosotros, de nuestros poderes secretos y nuestras debilidades evidentes, de nuestra capacidad infinita para el bien y para el mal, de nuestra búsqueda eterna de conexiones genuinas en un mundo donde la autenticidad es cada vez más rara y más preciosa.

Esta es la historia de Livingstone O'Farril, tal como me la contó Jenny Morrison en las tardes de otoño de Filadelfia, una historia de miradas que enamoran y corazones que se rompen, de poderes que bendicen y maldicen, de la eterna búsqueda de ese amor que no necesita trucos ni influencias para existir, ese amor que simplemente es, auténtico, vulnerable, real.

Capítulo 1

El niño que obtenía lo que quería

La señora Henderson había visto muchas cosas en sus veintidós años enseñando a niños de cinco años en la escuela primaria St. Patrick's del norte de Filadelfia, había visto berrinches que parecían posesiones demoníacas, había visto amistades que se formaban y se deshacían en cuestión de minutos, había visto a niños compartir sus juguetes más preciados con una generosidad que los adultos habían olvidado hacía mucho tiempo, pero nunca, en todos esos años de observar el comportamiento infantil con la paciencia de quien comprende que los niños son humanos en formación y no pequeños adultos defectuosos, nunca había visto lo que vio aquel martes de octubre cuando Livingstone O'Farril, a quien todos llamaban simplemente Livin, se acercó a Matthias Kowalski durante el recreo de la mañana.

Matthias era de esos niños que traen juguetes caros a la escuela para mostrarlos pero nunca para compartirlos, su familia tenía dinero, no una fortuna obscena pero sí lo suficiente para que el niño llevara siempre los zapatos más nuevos, la lonchera más moderna, los útiles escolares que los demás niños miraban con una mezcla de admiración y envidia apenas disimulada, ese día había traído un robot transformable que brillaba con colores metálicos y que se convertía de vehículo espacial en guerrero mecánico con solo mover algunas piezas, lo había colocado sobre su escritorio como quien exhibe un trofeo, y cada vez que algún compañero se acercaba a pedirle que lo dejara ver, Matthias lo abrazaba contra su pecho y negaba con la cabeza, no con crueldad sino con esa posesividad instintiva que los niños tienen sobre las cosas que consideran extensiones de sí mismos.

Livin había observado el juguete desde su lugar junto a la ventana, había visto cómo la luz de la mañana se reflejaba en las superficies metálicas del robot, cómo las articulaciones permitían movimientos que desafiaban su comprensión de cinco años sobre cómo funcionaban las cosas, y había sentido ese deseo puro y directo que solo los niños experimentan, sin las capas de racionalización y justificación que los adultos agregan a sus anhelos, simplemente quería tener ese juguete, quería tocarlo, transformarlo, hacerlo suyo, y con esa determinación que a veces poseen los niños que aún no han aprendido que el mundo no

existe para satisfacer sus deseos, se levantó de su silla y caminó hacia Matthias.

—¿Puedo verlo?, preguntó Livin, y su voz tenía esa suavidad que la señora Henderson había notado en él desde el primer día de clases, no era timidez exactamente, sino una cualidad casi musical, como si cada palabra fuera elegida no solo por su significado sino por cómo sonaría en los oídos de quien la escuchaba.

Matthias había comenzado a negar con la cabeza, el movimiento ya estaba en marcha, el rechazo ya estaba formándose en sus labios, pero entonces Livin hizo algo que la señora Henderson notaría solo porque estaba observando, porque había desarrollado ese instinto de maestra experimentada que le permitía detectar cambios sutiles en la atmósfera del aula, el niño levantó la vista y miró directamente a los ojos de Matthias, y en ese momento algo cambió, algo que la maestra no podría explicar con palabras pero que sintió como se siente un cambio en la presión atmosférica antes de una tormenta.

Los ojos de Livin eran verdes, de un verde intenso que parecía demasiado brillante para ser natural, y cuando miraba de esa manera, cuando concentraba toda su atención en una persona, era como si el resto del mundo se desvaneciera, como si solo existieran esos dos puntos de contacto visual en medio de un universo que se había vuelto súbitamente irrelevante, Matthias se quedó quieto, completamente quieto, con esa inmovilidad que no es de miedo ni de sorpresa sino de algo más profundo, algo cercano a la fascinación, y cuando Livin volvió a hablar, su voz mantuvo esa suavidad pero ahora tenía también una cualidad penetrante, como si las palabras viajaran no solo por el aire sino por algún canal más directo entre dos mentes.

—Quiero tenerlo, dijo Livin, y no era una petición ni una demanda, era simplemente una declaración de hecho, una verdad que estaba siendo comunicada y reconocida simultáneamente.

Matthias parpadeó, una vez, dos veces, como si despertara de un sueño breve pero profundo, y entonces, para asombro de la señora Henderson y de los tres o cuatro niños que habían estado observando el intercambio, extendió el robot hacia Livin con ambas manos, como si estuviera haciendo una ofrenda, tómalo, dijo Matthias, y su voz sonaba distante, desconectada, como si viniera de muy lejos o de muy adentro, es tuyo, puedes quedártelo.

—¿Quedármelo?, preguntó Livin, y en su voz había genuina sorpresa, él solo había querido verlo, examinarlo, jugar con él durante unos minutos, no había esperado que Matthias se lo regalara, no había sabido que eso era posible, que las cosas que uno deseaba podían simplemente materializarse en las manos propias de esa manera.

—Sí, insistió Matthias, empujando el juguete hacia Livin, quiero que lo tengas, realmente quiero que lo tengas, y en su expresión había algo

que la señora Henderson reconocería más tarde como confusión mezclada con una especie de serenidad, como si hubiera tomado una decisión importante y correcta pero no recordara exactamente por qué era importante o correcta.

Livin tomó el robot con reverencia, lo giró en sus manos, accionó el mecanismo de transformación con la torpeza encantadora de un niño de cinco años que aún está desarrollando su motricidad fina, y sonrió con una alegría tan pura y completa que la señora Henderson sintió una punzada en el pecho, una mezcla de ternura por la inocencia del niño y de inquietud por lo que acababa de presenciar, porque había algo en ese intercambio que no encajaba en su comprensión de cómo funcionaban las relaciones humanas, incluso las relaciones entre niños de cinco años.

Durante el resto del día, la maestra observó a Livin más cuidadosamente, notó que los otros niños gravitaban hacia él con una facilidad que iba más allá del simple magnetismo infantil, notó que cuando él pedía algo, cuando realmente quería algo y establecía ese contacto visual intenso, las personas tendían a dárselo, no inmediatamente, no de manera obvia, pero eventualmente, casi inevitablemente, notó también que Matthias pasó la mayor parte de la mañana con una expresión vagamente perpleja, como si tratara de recordar algo importante que se le había olvidado, y solo cuando su madre vino a recogerlo al final del día y le preguntó por su robot nuevo, Matthias pareció recordar súbitamente que lo había regalado y no supo explicar por qué.

—Se lo di a Livin, dijo simplemente, como si eso explicara todo, como si la generosidad repentina hacia un compañero de clase fuera suficiente justificación para desprenderse de un juguete que esa misma mañana había protegido con celo territorial.

La madre de Matthias miró a la señora Henderson con esa expresión de confusión que los padres adoptan cuando sus hijos hacen algo completamente fuera de carácter, Matthias nunca regala sus juguetes, dijo la mujer, nunca, ni siquiera a su hermano, y la maestra no supo qué responder porque ella misma no entendía lo que había pasado, solo sabía que había pasado algo, algo que desafiaba sus veintidós años de experiencia observando el comportamiento infantil.

Esa noche, sentada en su apartamento de South Philadelphia con una taza de té que se había enfriado mientras ella repasaba mentalmente los eventos del día, la señora Henderson trató de encontrar una explicación racional para lo que había visto, los niños eran sugestionables, eso era cierto, eran más susceptibles a la influencia social que los adultos, pero esto había sido diferente, esto había tenido una cualidad que ella no podía nombrar pero que reconocía instintivamente como significativa, como potencialmente importante de maneras que aún no podía comprender.

Decidió entonces hacer algo que normalmente no haría, decidió observar a Livingstone O'Farril no como maestra que supervisa a un alumno, sino como científica que estudia un fenómeno inexplicable, decidió tomar notas mentales de cada interacción, de cada momento en que el niño parecía obtener lo que quería con una facilidad que desafiaba las probabilidades normales, decidió que si algo extraordinario estaba sucediendo en su aula, ella sería testigo de ello, documentaría, comprendería, y si era necesario, protegería tanto al niño que poseía ese don inexplicable como a los niños que podrían verse afectados por él.

Pero por ahora, mientras Livin dormía en su casa con el robot transformable sobre su mesita de noche, completamente inconsciente de que había hecho algo fuera de lo común, completamente ajeno al hecho de que había utilizado un poder que ni siquiera sabía que poseía, la señora Henderson solo podía sentarse en su apartamento y preguntarse qué significaba todo esto, qué implicaciones tenía, y qué responsabilidad moral tenía ella como la única persona que parecía haber notado que en su aula de jardín de infantes había un niño que podía hacer que otros niños hicieran lo que él deseaba, simplemente mirándolos a los ojos y pidiéndolo con esa voz suave que parecía viajar por canales más profundos que el simple sonido.

El misterio había comenzado, aunque nadie excepto la señora Henderson lo sabía todavía, y pasarían años antes de que el propio Livin comprendiera lo que había sucedido aquel martes de octubre, años antes de que entendiera que la inocencia y el poder pueden coexistir en un niño de cinco años, y que esa coexistencia es quizás la forma más pura y más peligrosa de influencia que puede existir en el mundo.

Capítulo 2

Su padre tampoco puede resistirse

Patrick O'Farril había construido su vida sobre principios claros y decisiones meditadas, era fontanero de profesión pero filósofo en su aproximación a la paternidad, creía que los niños necesitaban límites tanto como necesitaban amor, que decir no era a veces la forma más profunda de decir sí al desarrollo del carácter, que los videojuegos, esos aparatos electrónicos que habían comenzado a invadir los hogares americanos con la promesa de entretenimiento infinito, eran distracciones innecesarias que alejarían a su hijo de actividades más valiosas como la lectura, el deporte, la conversación familiar, por eso cuando Livin había mencionado por primera vez, hacía dos semanas, que le gustaría tener un Nintendo, Patrick había respondido con una negativa firme pero amable, explicando con la paciencia que caracterizaba sus conversaciones con su hijo de ocho años que había mejores formas de invertir el tiempo y el dinero familiar.

Maureen, su esposa, había estado de acuerdo, era una mujer práctica que trabajaba medio tiempo como secretaria en una clínica dental y que administraba el presupuesto familiar con la precisión de un contador, sabía exactamente cuánto costaba un sistema de videojuegos, sabía que ese dinero podría usarse para libros, para clases de música, para el fondo que estaban ahorrando para la educación universitaria de Livin, había sido una decisión conjunta, tomada después de una conversación nocturna en la que ambos padres habían coincidido en que su hijo no necesitaba un Nintendo, que sobreviviría perfectamente bien sin él, que de hecho estaría mejor sin esa distracción.

Pero aquella tarde de sábado, cuando Maureen había salido a su clase semanal de yoga y Patrick estaba en su oficina casera revisando facturas y recibos de su pequeña empresa de fontanería, Livin había entrado con esa determinación tranquila que a veces mostraba, una determinación que no era berrinche ni manipulación obvia sino algo más sutil, más paciente, se había quedado de pie en el umbral de la puerta durante unos segundos, observando a su padre trabajar, y Patrick, sintiendo la presencia del niño sin necesidad de levantar la vista, había sonreído porque amaba esos momentos en que su hijo simplemente quería estar cerca de él, incluso en silencio.

—Papá, dijo finalmente Livin, y en su voz había una seriedad que no era común en un niño de ocho años, ¿puedo hablar contigo sobre algo importante?

Patrick dejó su bolígrafo, se quitó las gafas de lectura que había comenzado a necesitar recientemente, giró su silla para enfrentar completamente a su hijo, cuando Livin decía que algo era importante, generalmente lo era, al menos desde su perspectiva de ocho años, y Patrick había aprendido que respetar esa perspectiva era fundamental para mantener abiertos los canales de comunicación que tantos padres veían cerrarse durante la adolescencia de sus hijos, claro campeón, dijo, ¿qué pasa?

Livin entró completamente en la oficina, se acercó al escritorio pero no se sentó, se quedó de pie de manera que quedara a la altura de los ojos de su padre sentado, y Patrick notaría más tarde, cuando repasara mentalmente la conversación tratando de entender qué había pasado exactamente, que su hijo había elegido esa posición deliberadamente, como si supiera instintivamente que el contacto visual era importante para lo que estaba a punto de hacer, aunque por supuesto un niño de ocho años no podría saber eso conscientemente, o eso pensaba Patrick entonces.

—Recuerdas que te pedí un Nintendo hace unas semanas, comenzó Livin, y Patrick sintió que conocía el destino de esta conversación, que sería simplemente otra iteración del mismo pedido, otra oportunidad para explicar pacientemente por qué la respuesta seguía siendo no, pero antes de que pudiera interrumpir, Livin continuó, sé que dijiste que no, y

entiendo por qué, pero he estado pensando mucho sobre esto, y creo que hay razones que no consideramos la primera vez.

Había algo en la forma en que Livin hablaba, en la cadencia de sus palabras, en la manera en que sostenía la mirada de Patrick sin parpadear, que hizo que el padre no interrumpiera como había planeado, sino que simplemente escuchara, esperando ver adónde llevaba su hijo este argumento, está bien, dijo Patrick, te escucho, ¿qué razones son esas?

—Los videojuegos ayudan con la coordinación mano-ojo, dijo Livin, y Patrick comenzó a asentir porque eso era cierto, era un argumento válido aunque no suficiente, pero entonces Livin agregó algo más, y también ayudan con la resolución de problemas, con pensar rápido, con tomar decisiones bajo presión, estas son habilidades que voy a necesitar, papá, no solo para juegos sino para la vida, y mientras hablaba, sus ojos verdes parecían volverse más intensos, más penetrantes, como si cada palabra estuviera siendo acompañada por algo más profundo que el simple sonido, como si las razones que ofrecía fueran verdades evidentes que Patrick estaba descubriendo por primera vez en lugar de argumentos que un niño de ocho años había ensayado.

Patrick sintió algo extraño, una sensación de relajación que comenzaba en algún lugar detrás de sus ojos y se extendía hacia el resto de su cuerpo, como si sus preocupaciones sobre el costo, sobre la distracción, sobre todos los principios cuidadosos que había establecido sobre la crianza de su hijo, como si todo eso fuera menos importante de lo que había pensado, menos urgente, menos definitivo, las palabras de Livin tenían sentido, tenían mucho sentido de hecho, ¿por qué no había considerado estos beneficios antes?, ¿por qué había sido tan rígido en su negativa?, la coordinación mano-ojo era importante, la resolución de problemas era crucial, y además, pensó Patrick aunque no estaba seguro de dónde venía ese pensamiento, además la tecnología era claramente el futuro, y sería importante que Livin estuviera familiarizado con ella desde temprana edad.

—Además, continuó Livin, y ahora su voz tenía una cualidad casi musical, hipnótica, prometo que no va a afectar mis estudios, podemos establecer reglas, horarios, solo puedo jugar después de hacer mi tarea, solo los fines de semana si mis calificaciones bajan, tú tendrías control total sobre cuándo y cuánto juego, no sería como simplemente darme acceso ilimitado.

Patrick se encontró asintiendo, asintiendo con más convicción de la que había sentido inicialmente, sí, dijo, la disciplina es importante, los horarios son importantes, y si establecemos límites claros desde el principio, entonces realmente no hay problema, ¿verdad?, no hay razón por la que no podamos hacer esto de manera responsable, y mientras hablaba, una parte distante de su cerebro se preguntaba por qué estaba diciendo estas cosas, por qué estaba construyendo un argumento a

favor de algo que había rechazado categóricamente apenas dos semanas antes, pero esa parte distante era muy pequeña, muy débil comparada con la certeza creciente de que comprar un Nintendo para Livin era no solo razonable sino obviamente la decisión correcta.

—¿Sabes qué?, dijo Patrick, levantándose de su silla con una energía repentina, tienes razón, deberíamos ir a comprarlo ahora mismo, las tiendas están abiertas, es sábado, ¿por qué esperar?, si vamos a hacer esto, hagámoslo bien, podemos conseguir el sistema y algunos juegos buenos, juegos educativos por supuesto, pero también algunos divertidos, porque después de todo, agregó Patrick aunque no estaba seguro de por qué estaba agregando esto, después de todo los niños necesitan diversión además de educación, necesitan equilibrio.

Livin sonrió, una sonrisa de genuina alegría pero también, aunque Patrick no lo notó entonces, una sonrisa de leve sorpresa, como si el niño mismo no hubiera esperado que funcionara tan bien, que su padre no solo accediera sino que propusiera ir inmediatamente, que no solo comprara el sistema sino que hablara de conseguir juegos adicionales, gracias papá, dijo Livin, y su voz había vuelto a su tono normal, infantil, sin esa cualidad penetrante que había tenido durante la conversación.

El viaje a la tienda de electrónicos fue surreal de maneras que Patrick no podría articular hasta más tarde, condujo con el entusiasmo de alguien que había tomado una decisión importante y correcta, habló animadamente sobre las especificaciones técnicas del Nintendo, sobre cómo la tecnología de videojuegos estaba avanzando, sobre cómo esto sería una buena inversión en el desarrollo de habilidades de Livin, y todo el tiempo, en algún rincón de su mente, había una pequeña voz que preguntaba qué había pasado exactamente, cómo había cambiado de opinión tan completamente y tan rápidamente, pero esa voz era fácil de ignorar bajo el peso de todas las razones lógicas y sólidas que ahora parecían justificar la compra.

Compraron el Nintendo, compraron tres juegos, compraron un control adicional para cuando Livin tuviera amigos que quisieran jugar, y fue solo cuando estaban en el auto regresando a casa, cuando Patrick vio las bolsas de compras en el asiento trasero y calculó mentalmente cuánto acababa de gastar, que la niebla comenzó a disiparse, lentamente, como cuando uno despierta de un sueño profundo y necesita unos momentos para recordar dónde está y qué es real.

—¿Sabes qué es extraño?, dijo Patrick, más para sí mismo que para Livin, no puedo recordar exactamente cuándo decidí que esto era buena idea.

Livin miró a su padre desde el asiento del pasajero, había algo en su expresión que era difícil de leer, algo entre curiosidad y preocupación, ¿te arrepientes, papá?, preguntó suavemente.

Patrick consideró la pregunta, no, respondió honestamente, no me arrepiento, creo que fue la decisión correcta, solo que usualmente cuando tomo decisiones importantes, especialmente decisiones que contradicen otras decisiones que tomé recientemente, usualmente recuerdo el proceso de pensamiento más claramente, recuerdo el momento en que mi mente cambió, pero con esto, es como si de repente simplemente supiera que era lo correcto, sin poder trazar exactamente cómo llegué a esa conclusión.

Completaron el viaje en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, Patrick tratando de reconstruir mentalmente la conversación con Livin, tratando de identificar el momento exacto en que sus objeciones se habían disuelto, y Livin, por primera vez en su corta vida, comenzando a sospechar que tal vez había algo diferente en la forma en que él pedía las cosas, algo que hacía que las personas cambiaran de opinión de maneras que ellas mismas no podían explicar completamente.

Cuando llegaron a casa, cuando Maureen regresó de su clase de yoga y encontró a su esposo y su hijo instalando el nuevo sistema de videojuegos en la sala, su expresión fue de pura confusión, ¿qué es todo esto?, preguntó, y Patrick comenzó a explicar sobre la coordinación mano-ojo y la resolución de problemas y la familiarización con la tecnología, pero mientras hablaba, podía ver en los ojos de su esposa la misma pregunta que él había estado haciéndose, ¿qué había pasado?, ¿cómo había cambiado tan completamente de opinión?, y ninguno de los dos tenía una respuesta satisfactoria, ninguno de los dos podía explicar por qué una decisión que habían tomado juntos, con tanta certeza, había sido completamente revertida en el espacio de una tarde.

Esa noche, después de que Livin se había ido a dormir con su nuevo videojuego esperándolo para el día siguiente, Maureen y Patrick tuvieron una conversación breve pero inquietante, hay algo extraño en la forma en que Livin consigue lo que quiere, dijo Maureen, y Patrick no pudo más que estar de acuerdo, aunque ninguno de los dos sabía exactamente qué era ese algo, solo sabían que estaba ahí, ese poder inexplicable que su hijo de ocho años había usado sin saber que lo había usado, ese don que crecería con él y que eventualmente tendría que aprender a controlar, a entender, a usar con la responsabilidad que cualquier poder verdadero requiere.

Capítulo 3

Sus maestros son víctimas del encanto

El señor Hendricks enseñaba álgebra avanzada con la pasión de quien cree genuinamente que las matemáticas son el lenguaje del universo, había sido ingeniero durante veinte años antes de retirarse a la docencia, y trataba cada ecuación como si fuera un poema que merecía

ser descifrado con reverencia, era un hombre alto y delgado, con gafas que constantemente se deslizaban por su nariz mientras escribía en la pizarra, y tenía esa paciencia particular que desarrollan los maestros que han explicado los mismos conceptos miles de veces sin perder la esperanza de que esta vez, con este grupo de estudiantes, finalmente alguien comprenderá la elegancia de las funciones exponenciales, pero también tenía una reputación de firmeza inquebrantable en lo que respectaba a calificaciones, si reprobabas un examen, reprobabas, no había curvas generosas, no había segundas oportunidades sin merecerlas, las matemáticas eran lo que eran, decía, y los números no mentían.

Livingstone O'Farril, a sus dieciséis años, había descubierto que las matemáticas avanzadas existían en un universo paralelo donde la lógica que él entendía intuitivamente simplemente no se aplicaba, no era que fuera un mal estudiante, mantenía calificaciones sólidas en literatura, historia, ciencias sociales, cualquier materia que requiriera comprensión de narrativas humanas o análisis de textos, pero los números, las variables, las funciones que se extendían en graficas incomprensibles, todo eso parecía diseñado específicamente para frustrar su capacidad de entendimiento, había estudiado para el examen de funciones logarítmicas, había pasado horas en su escritorio rodeado de libros y notas, pero cuando había visto las preguntas en el examen, había sido como tratar de leer en un idioma que conocía vagamente pero no lo suficiente para comunicarse con fluidez.

La D roja que brillaba en la parte superior de su examen devuelto era más que una calificación, era una declaración de fracaso que amenazaba su promedio general, su confianza académica, su imagen de sí mismo como alguien que podía navegar exitosamente el mundo académico, Livin miró el examen con esa mezcla de vergüenza y frustración que todos los estudiantes conocen, y sintió algo más, algo que había estado creciendo en él durante los últimos años, una consciencia de que cuando realmente necesitaba algo, cuando concentraba su deseo con suficiente intensidad, las cosas tendían a resolverse de maneras que desafiaban las probabilidades normales.

Después de que sonara la campana y la mayoría de los estudiantes hubieran salido del aula, Livin se quedó atrás, observando al señor Hendricks mientras organizaba papeles en su escritorio, durante un momento consideró simplemente irse, aceptar la D, estudiar más para el próximo examen, pero entonces pensó en todas las veces que había conseguido cosas que parecían imposibles, el juguete de Matthias cuando tenía cinco años, el Nintendo de su padre, las extensiones de plazo que otros maestros le habían otorgado cuando pedía con esa manera particular que tenía de pedir, y decidió intentarlo, no porque estuviera seguro de que funcionaría, sino porque había comenzado a ser consciente de que había un patrón en sus éxitos, un patrón que

involucraba contacto visual directo, voz calmada y penetrante, y un deseo enfocado que de alguna manera se transmitía más allá de las palabras.

—Señor Hendricks, dijo Livin, acercándose al escritorio del maestro, ¿podría hablar con usted sobre mi examen?

El señor Hendricks levantó la vista, ajustándose las gafas con ese gesto automático que hacía docenas de veces al día, claro Livingstone, respondió con la paciencia profesional que reservaba para estudiantes que buscaban entender sus errores, ¿qué puedo hacer por ti?

Livin se posicionó de manera que quedara directamente frente al maestro, no demasiado cerca pero tampoco demasiado lejos, a una distancia que permitía el contacto visual cómodo pero intenso, había aprendido, sin que nadie se lo enseñara explícitamente, que la geometría de una conversación importante importaba, que dónde te colocabas en relación con la otra persona podía cambiar completamente la dinámica del intercambio, sé que no me fue bien en el examen, comenzó, y su voz tenía esa cualidad suave pero penetrante que había perfeccionado inconscientemente a lo largo de los años, pero siento que entiendo los conceptos mejor de lo que mis respuestas mostraron.

Era una apertura estándar, el tipo de cosa que los maestros escuchan constantemente de estudiantes que buscan desesperadamente mejorar sus calificaciones, pero mientras hablaba, Livin levantó la vista y miró directamente a los ojos del señor Hendricks, y en ese momento de contacto visual, algo cambió en la atmósfera del aula, algo sutil pero perceptible, como un cambio en la presión del aire antes de una tormenta, los ojos de Livin, ese verde intenso que había heredado de su padre, parecían capturar la atención del maestro de una manera que iba más allá del simple contacto social, era como si las palabras que estaba diciendo viajaran no solo por el aire sino por algún canal más directo, más profundo.

—Entiendo tu frustración, dijo el señor Hendricks, y su voz había adoptado una cualidad ligeramente diferente, menos profesionalmente distante y más genuinamente empática, los exámenes no siempre reflejan completamente lo que un estudiante sabe.

—Exactamente, continuó Livin, manteniendo ese contacto visual intenso, cuando usted explica los logaritmos en clase, entiendo la lógica detrás de ellos, puedo seguir el razonamiento, puedo ver cómo las piezas encajan, es solo cuando trato de aplicar esa lógica bajo la presión del tiempo limitado y la ansiedad del examen que todo se confunde, pero la comprensión está ahí, el entendimiento existe, solo no pude demostrarlo en ese formato particular.

Mientras hablaba, el señor Hendricks asentía con creciente convicción, como si las palabras de Livin no fueran simplemente argumentos que escuchar con escepticismo profesional sino verdades evidentes que

estaba reconociendo por primera vez, sí, dijo el maestro, y había algo en su tono que sugería sorpresa ante su propia respuesta, la ansiedad de los exámenes puede definitivamente interferir con la demostración del conocimiento real, he visto estudiantes que claramente entienden el material pero que se bloquean bajo presión.

—Y he notado, agregó Livin, dejando que su voz bajara ligeramente de volumen de manera que el señor Hendricks tuviera que inclinarse casi imperceptiblemente hacia adelante para escuchar bien, que cuando participo en clase, cuando hago preguntas durante las lecciones, mis contribuciones muestran una comprensión conceptual sólida, ¿no es cierto?, usted mismo ha comentado varias veces que hago observaciones perspicaces.

El señor Hendricks parpadeó, como si tratara de recordar esas observaciones perspicaces, y entonces, porque la mente humana es extraordinariamente susceptible a la sugestión cuando está en un estado de receptividad aumentada, comenzó a recordarlas, o a creer que las recordaba, sí, dijo con creciente certeza, tienes razón, he notado que tu participación en clase muestra comprensión real, haces preguntas que van más allá de la memorización superficial, preguntas que demuestran que estás pensando sobre los principios subyacentes.

—Entonces esta D, dijo Livin suavemente, casi en un susurro que de alguna manera llevaba más peso que un volumen normal, realmente no refleja mi verdadero nivel de comprensión, ¿verdad?, es una anomalía, un resultado que no representa con precisión lo que sé y lo que puedo hacer cuando no estoy paralizado por la presión del examen.

Hubo un momento de silencio, un momento en el que algo importante estaba siendo decidido aunque ninguno de los dos participantes podría haber articulado exactamente qué era ese algo, el señor Hendricks miró el examen que todavía estaba sobre su escritorio, luego miró a Livin, luego de vuelta al examen, y en su expresión había esa cualidad distante que las personas adoptan cuando están tomando decisiones que no entienden completamente, decisiones que parecen venir de algún lugar más profundo que el razonamiento consciente.

—¿Sabes qué?, dijo finalmente el señor Hendricks, y había una decisión repentina en su voz, creo que tienes razón, esta calificación no refleja tu verdadero entendimiento de los conceptos, he visto tu trabajo en clase, he visto tu participación, está claro que tienes una comprensión conceptual sólida que simplemente no se tradujo bien al formato del examen.

Mientras hablaba, el señor Hendricks había tomado su bolígrafo rojo, ese mismo bolígrafo que había usado para marcar errores a lo largo del examen de Livin, y estaba considerando el papel con una expresión que mezclaba concentración con algo cercano a la confusión, ¿qué te parece si cambiamos esta D por una A?, dijo, casi como si estuviera pensando

en voz alta más que proponiendo una acción concreta, creo que eso refleja más certeramente tu nivel real de comprensión.

Livin sintió una mezcla de emociones que no pudo identificar completamente, había triunfo, ciertamente, la satisfacción de haber conseguido lo que necesitaba, pero también había algo más, una inquietud creciente, una sensación de que había cruzado alguna línea invisible, el señor Hendricks estaba cambiando una D por una A, no por una C o una B sino por una A, la calificación más alta posible, basándose en una conversación de menos de diez minutos, eso no era normal, eso no era persuasión ordinaria, eso era algo más.

—¿Está seguro, señor Hendricks?, preguntó Livin, y en su voz había genuina incertidumbre, una parte de él quería aceptar la nueva calificación sin cuestionarla, pero otra parte, una parte que estaba comenzando a despertar a la consciencia de su propio poder, sentía que necesitaba saber si el maestro realmente estaba seguro o si estaba actuando bajo algún tipo de influencia que no entendía.

—Por supuesto que estoy seguro, respondió el señor Hendricks, y mientras tachaba la D y escribía A+ en su lugar, parecía completamente convencido de la corrección de su decisión, es obvio que entiendes el material, el examen fue simplemente una anomalía, sería injusto dejar que una calificación como esta distorsione tu promedio cuando es claro que no representa tu verdadero nivel académico.

Livin tomó el examen corregido, agradeció al señor Hendricks con sinceridad genuina mezclada con confusión creciente, y salió del aula con la sensación de que algo importante había sucedido, algo que iba más allá de simplemente conseguir una mejor calificación, había usado su don conscientemente por primera vez, o al menos semi conscientemente, había entrado en esa conversación con la intención deliberada de cambiar la mente del maestro, había empleado técnicas que estaba comenzando a reconocer como efectivas, el contacto visual intenso, la voz modulada, el posicionamiento cuidadoso, y había funcionado de una manera que desafiaba toda lógica sobre cómo deberían funcionar las interacciones maestro-estudiante.

Esa noche, acostado en su cama mirando el techo de su habitación, Livin repasó mentalmente no solo la conversación con el señor Hendricks sino todas las otras veces en su vida en que había conseguido cosas que parecían imposibles, el patrón era innegable, había algo en la forma en que él pedía las cosas, algo en la manera en que miraba a las personas y articulaba sus deseos, que las hacía más propensas a acceder, mucho más propensas de lo que las probabilidades normales sugerirían, ¿qué significaba eso?, ¿qué implicaba sobre quién era él y sobre la naturaleza de sus relaciones con otras personas?, y la pregunta más inquietante de todas, la pregunta que lo mantendría despierto muchas noches en los años venideros, ¿estaba manipulando a las personas o simplemente persuadiéndolas?, ¿dónde estaba la línea entre influencia legítima y

control indebido?, ¿y cómo podía saber si las personas que accedían a sus peticiones lo hacían por su propia voluntad o porque él había alterado esa voluntad de alguna manera fundamental?

No tenía respuestas a esas preguntas todavía, pero al menos había comenzado a hacerlas, y ese acto de cuestionamiento era el primer paso necesario hacia la comprensión de su don, hacia el desarrollo de una ética personal sobre cómo usarlo, hacia el largo y difícil camino de aprender a vivir con un poder que podía tanto ayudar como dañar, tanto conectar como aislar, tanto bendecir como maldecir.

Capítulo 4

La mirada contra los músculos

Braddock Kowalski había construido su identidad sobre la fundación sólida de su superioridad física, a los diecisiete años medía casi un metro noventa, tenía hombros que habían sido ensanchados por años de entrenamiento en el gimnasio del colegio, brazos que mostraban la definición muscular que impresionaba tanto a sus compañeros como a muchas de las chicas que lo miraban pasar por los pasillos con esa mezcla de admiración y temor que caracteriza la jerarquía social de la escuela secundaria, era capitán del equipo de baloncesto, presidente del consejo estudiantil, poseedor de ese tipo de carisma agresivo que algunos confunden con liderazgo verdadero, y había aprendido tempranamente que cuando uno es grande y fuerte y está dispuesto a usar esa grandeza y esa fuerza, el mundo tiende a acomodarse a los deseos de uno de maneras convenientes y predecibles.

Livingstone O'Farril, por otro lado, había crecido hasta alcanzar una altura respetable pero no intimidante, su físico era el de alguien naturalmente delgado que no había invertido tiempo particular en el desarrollo muscular, no porque fuera débil o poco atlético sino porque simplemente no había sentido la necesidad de expresar su poder a través de la masa corporal, su poder residía en otro lugar, en esos ojos verdes que parecían ver más profundo de lo que las personas estaban cómodas siendo vistas, en esa voz que podía modular para alcanzar frecuencias que resonaban en lugares inconscientes de la mente humana, en esa presencia que no ocupaba espacio físicamente pero que de alguna manera llenaba las habitaciones donde entraba.

La confrontación había sido inevitable desde el momento en que Celestine Winters, la chica más inteligente y hermosa de su clase, había comenzado a pasar más tiempo conversando con Livin que con Braddock, su novio oficial desde hacía casi un año, no era que hubiera algo obviamente romántico entre Celestine y Livin, eran conversaciones sobre literatura y filosofía, sobre las preguntas grandes que los adolescentes hacen cuando están comenzando a descubrir que el mundo es más complejo de lo que sus padres les habían sugerido, pero

Braddock había notado la manera en que Celestine se inclinaba ligeramente hacia adelante cuando Livin hablaba, la manera en que sus ojos se iluminaban con un interés genuino que Braddock no había visto dirigido hacia él en meses, y eso había sido suficiente para activar esos instintos territoriales que los hombres jóvenes confunden con amor.

Era un jueves después de clases, en el pasillo principal cerca de los casilleros donde los estudiantes se congregaban antes de dispersarse hacia sus actividades extracurriculares o hacia casa, Braddock había estado esperando ese momento, había reunido a tres de sus compañeros de equipo, Tavian, Demetrius y Calix, nombres que sus padres les habían dado con esperanzas de grandeza que se habían manifestado principalmente en masa muscular y habilidad para encestar balones en aros, juntos formaban una presencia física impresionante, el tipo de grupo que podía controlar un espacio simplemente ocupándolo.

—O'Farril, llamó Braddock cuando vio a Livin caminando solo por el pasillo, su mochila colgando de un hombro, completamente ajeno al drama que estaba a punto de desarrollarse, necesito hablar contigo.

Livin se detuvo, evaluó la situación con esa rapidez mental que había desarrollado para navegar las complejidades sociales de la escuela secundaria, vio a Braddock flanqueado por sus amigos, vio las expresiones que mezclaban hostilidad anticipada con curiosidad sobre cómo se desarrollaría esto, vio también a otros estudiantes que comenzaban a notar que algo estaba por suceder y que se posicionaban estratégicamente para observar sin involucrarse directamente, claro, respondió Livin con una calma que no parecía apropiada dada la amenaza implícita en la configuración del encuentro, ¿de qué quieres hablar?

—De Celestine, dijo Braddock, dando un paso más cerca, usando su ventaja de altura de manera que quedara literalmente mirando hacia abajo a Livin, parece que te gusta pasar mucho tiempo con mi novia, me pregunto si entiendes lo que eso significa.

Era una amenaza clara aunque articulada con la ambigüedad suficiente para mantener la posibilidad de negarlo, si algún maestro preguntaba después, Livin podría haber retrocedido, podría haber ofrecido disculpas, podría haber explicado que no había nada romántico en sus conversaciones con Celestine, todas esas habrían sido respuestas razonables que habrían aminorado la escala de la situación, pero algo en él, tal vez la consciencia creciente de su propio poder, tal vez el cansancio de vivir en un mundo donde la fuerza física todavía dictaba jerarquías sociales en pleno siglo veintiuno, tal vez simplemente el orgullo de un joven de diecisiete años que no quería ser intimidado, decidió responder de manera diferente.

—Entiendo perfectamente lo que significa, dijo Livin, y en lugar de retroceder dio un paso adelante, acortando la distancia entre ellos de

una manera que debería haber sido intimidante para la persona más pequeña pero que de alguna manera alteró la dinámica del poder en la dirección opuesta, significa que Celestine es una persona inteligente que disfruta conversaciones intelectuales que aparentemente no puede tener con su novio actual, significa que busca algo más que músculos y bravuconería, significa que está cuestionando sus elecciones.

Hubo un momento de silencio colectivo, los estudiantes que habían comenzado a congregarse para observar la confrontación contuvieron la respiración, era el tipo de respuesta que normalmente resultaría en violencia física inmediata, el tipo de desafío directo que no podía quedar sin respuesta en la economía social de la escuela secundaria, Braddock sintió la presión de todos esos ojos observando, sintió la necesidad de responder de manera que reafirmara su posición en la jerarquía, levantó su mano derecha y empujó el hombro de Livin con fuerza suficiente para hacerlo retroceder dos pasos.

—Cuidado con lo que dices, amenazó Braddock, o voy a tener que enseñarte modales.

Livin recuperó su equilibrio, no mostró miedo ni ira, simplemente esa calma que había caracterizado toda la interacción, y entonces hizo algo que nadie esperaba, dio dos pasos hacia adelante, regresando al espacio personal de Braddock, y levantó la vista para mirarlo directamente a los ojos, Braddock, dijo, y su voz tenía esa cualidad penetrante que había perfeccionado durante años de uso inconsciente y recientemente semi consciente, mírame.

Era una instrucción simple pero había algo en la manera en que la dijo que hizo que Braddock obedeciera instintivamente, sus ojos se encontraron con los de Livin, ese verde intenso que parecía contener profundidades que no deberían caber en órganos tan pequeños, y en ese momento de contacto visual algo fundamental cambió en la confrontación, Braddock sintió algo extraño, una sensación de relajación que comenzaba detrás de sus ojos y se extendía hacia el resto de su cuerpo, como si la adrenalina que había estado alimentando su agresión súbitamente se disolviera en su torrente sanguíneo sin dejar rastro.

—No necesitas hacer esto, dijo Livin suavemente, manteniendo ese contacto visual implacable, no hay razón para la violencia, no hay amenaza real para tu relación con Celestine porque si tu relación con ella es genuina, ninguna conversación que ella tenga conmigo podría afectarla, y si no es genuina, entonces la violencia hacia mí no va a hacer que se vuelva genuina, ¿lo entiendes?

La lógica era impecable pero más importante que la lógica era la manera en que estaba siendo transmitida, cada palabra parecía viajar directamente al centro de procesamiento de decisiones de Braddock, evitando todas las defensas normales que uno levanta contra la persuasión, los compañeros de equipo que lo flanqueaban notaron el

cambio, notaron que algo estaba sucediendo aunque no podían identificar exactamente qué, Tavian dio un paso adelante como si fuera a intervenir pero Livin giró su mirada hacia él por apenas un segundo, solo un segundo, pero fue suficiente para que Tavian se detuviera, como si hubiera olvidado por qué había estado avanzando.

—Tienes razón, dijo Braddock, y había genuina sorpresa en su voz, sorpresa ante sus propias palabras, tienes razón, esto es estúpido, no hay razón para pelear por esto, y mientras hablaba, su postura física cambió, los hombros que había mantenido tensos se relajaron, los puños que había cerrado se abrieron, toda la agresión que había estado construyendo se disipó como niebla bajo el sol de la mañana.

—De hecho, continuó Braddock, ahora hablando más para sí mismo que para Livin o para la audiencia que los observaba con confusión creciente, debería disculparme, no tenía derecho a confrontarte de esta manera, Celestine puede hablar con quien quiera, es una persona autónoma, no mi posesión, y si nuestras conversaciones no son tan interesantes como las que tiene contigo, eso es algo que yo debería trabajar en mejorar, no algo que debería castigarte por proporcionar.

Los estudiantes que habían esperado ver una pelea, que habían anticipado drama físico del tipo que se convierte en leyenda escolar, ahora observaban con desconcierto total mientras Braddock Kowalski, el bravucón más temido de la escuela, ofrecía lo que parecía ser una disculpa filosófica genuina a alguien que debería haber sido su víctima, Livin aceptó la disculpa con gracia, extendió su mano para un apretón que Braddock aceptó, y entonces la confrontación terminó, no con violencia ni con humillación sino con algo mucho más extraño, con comprensión mutua y resolución pacífica.

Pero mientras los estudiantes se dispersaban, mientras Braddock y sus amigos se alejaban con expresiones de confusión que persistirían durante días, mientras Livin continuaba hacia su casillero como si nada extraordinario hubiera sucedido, algo había cambiado en la atmósfera social de la escuela, las personas comenzaron a mirar a Livin de manera diferente, no con el miedo que inspiraba Braddock sino con algo más complejo, más inquietante, una mezcla de admiración y cautela, como si reconocieran que había un poder en él que no podían nombrar pero que podían sentir, un poder que hacía que la fuerza física pareciera primitiva y obsoleta.

Y Livin, caminando solo por el pasillo mientras otros estudiantes se apartaban ligeramente a su paso, sintió por primera vez la soledad que vendría a definir gran parte de su vida adulta, la soledad de quien posee un poder que separa, que aísla, que hace que las relaciones auténticas sean casi imposibles porque nunca puedes estar seguro de si las personas responden a quien realmente eres o a esa cosa inexplicable que haces con tus ojos y tu voz, había ganado la confrontación sin levantar un dedo, había demostrado que la mirada podía vencer a los

músculos, pero al hacerlo había perdido algo más valioso, había perdido la posibilidad de ser simplemente uno más entre sus compañeros, de tener amistades sin ese componente de incertidumbre sobre su autenticidad.

Esa noche, en la privacidad de su habitación, Livin se miró en el espejo durante largo tiempo, estudiando esos ojos verdes que contenían un poder que apenas comenzaba a comprender, y se preguntó si ese poder era un don o una maldición, si lo había elegido o si lo había elegido a él, y sobre todo, se preguntó si alguna vez encontraría a alguien que pudiera verlo realmente, no a través del filtro de su influencia sino tal como era, vulnerable, confundido, extraordinariamente poderoso y profundamente solo.

Capítulo 5

El baile de graduación y el triángulo amoroso

Había dos chicas en la vida de Livingstone O'Farril durante su último año de secundaria, y el problema no era que no pudiera elegir entre ellas sino que no sabía si alguna de las dos realmente lo había elegido a él, si sus sentimientos eran genuinos o si eran construcciones creadas por ese poder que él aún no comprendía completamente pero que ya no podía negar que poseía, Seraphine Lockwood lo había conocido en la clase de literatura avanzada, era el tipo de chica que leía poesía por placer y que escribía ensayos que hacían que los maestros los leyeran en voz alta como ejemplos de excelencia académica, tenía cabello castaño que caía en ondas naturales hasta la mitad de su espalda, ojos color avellana que reflejaban una inteligencia genuina, y esa cualidad rara de ser completamente cómoda consigo misma, con sus fortalezas y debilidades igualmente aceptadas como partes de un todo integrado.

Seraphine había comenzado a hablar con Livin después de una discusión particularmente intensa sobre si el amor romántico era una construcción cultural o una realidad biológica, ella había argumentado a favor de la autenticidad de la emoción mientras él, con la ironía de alguien que estaba comenzando a dudar de su capacidad para inspirar sentimientos genuinos, había defendido la posición de que todo amor era en cierto grado performativo, construido a partir de expectativas sociales y químicos cerebrales más que de alguna conexión trascendental, sus conversaciones se habían multiplicado después de esa clase, encuentros en la biblioteca, caminatas después de la escuela, textos nocturnos que exploraban preguntas filosóficas con la seriedad que solo los adolescentes inteligentes pueden mantener, y gradualmente Livin había comenzado a darse cuenta de que Seraphine lo veía, realmente lo veía, no el poder que poseía ni el carisma inexplicable, sino la persona debajo de todo eso, el chico que dudaba y cuestionaba y tenía miedo de su propia influencia.

Pero también estaba Luminara Castellanos, y con ella todo era diferente, la había conocido en una fiesta a principios del año escolar, era nueva en la ciudad, su familia se había mudado desde algún lugar del sur donde el acento todavía teñía sus palabras con una musicalidad que Livin encontraba encantadora, era hermosa de una manera obvia y calculada, cabello negro que brillaba bajo cualquier luz, ojos oscuros que parecían prometer misterios que probablemente no existían pero que eran atractivos precisamente por esa promesa, llevaba su cuerpo con la consciencia de alguien que había aprendido temprano que la belleza era un tipo de poder y que había decidido usarlo estratégicamente.

Livin había hablado con Luminara durante menos de cinco minutos en esa primera fiesta antes de darse cuenta de que ella lo deseaba con una intensidad que iba más allá de la atracción normal, había visto esa expresión antes en otras personas, esa mirada ligeramente distante que indicaba que su poder había activado, que algo en su presencia había despertado en ella una respuesta que no era completamente voluntaria, habría sido fácil alejarse, reconocer que cualquier relación con Luminara estaría contaminada desde el principio por esa influencia inexplicable, pero él tenía dieciocho años y ella era hermosa y el ego masculino adolescente es una fuerza formidable que puede racionalizar casi cualquier decisión.

Durante meses había navegado entre estas dos realidades, con Seraphine tenía conversaciones profundas sobre literatura y filosofía, compartían silencios cómodos mientras estudiaban en la biblioteca, ella lo desafiaba intelectualmente y lo aceptaba emocionalmente, con Luminara tenía algo más físico, más inmediato, encuentros apasionados que lo hacían sentir poderoso y deseado de maneras que alimentaban partes de su ego que sabía que debería reprimir pero que no podía, ella lo miraba como si fuera la respuesta a preguntas que no sabía que tenía, y esa adoración era adictiva incluso mientras él reconocía que probablemente no era auténtica.

El problema inevitable llegó dos semanas antes del baile de graduación, Seraphine había asumido, razonablemente dado la cantidad de tiempo que pasaban juntos y la profundidad de sus conversaciones, que Livin la invitaría como su pareja, Luminara había asumido, también razonablemente dado la intensidad física de su relación, que ella sería su elección obvia, y Livin, atrapado entre la autenticidad y el deseo, entre lo que sabía que era correcto y lo que su cuerpo de dieciocho años quería, había cometido el error clásico de no elegir a ninguna de las dos explícitamente, esperando que de alguna manera la situación se resolviera sola sin que él tuviera que enfrentar las consecuencias de sus acciones.

Pero las situaciones no se resuelven solas, especialmente no en la escuela secundaria donde el baile de graduación es tratado con la seriedad que generaciones futuras reservarán para tratados

internacionales, fue Seraphine quien finalmente forzó la conversación, lo encontró después de clases un martes lluvioso de abril, su expresión era diferente de la usual apertura afectuosa, había algo más guardado, más cauteloso, Livin, dijo, y él reconoció el tono como precursor de una conversación importante, necesito preguntarte algo directamente, ¿vas a invitarme al baile o hay alguien más?

La honestidad directa de la pregunta lo desarmó de maneras que la manipulación no podría haber logrado, podría haber mentido, podría haber usado su poder para suavizar la situación, para hacer que ella aceptara respuestas ambiguas, pero algo en la manera en que Seraphine lo miraba, con esa vulnerabilidad valiente que caracterizaba todo lo que ella hacía, le impidió tomar ese camino fácil, hay alguien más, admitió, y vio cómo algo se rompía en su expresión, algo pequeño pero significativo, como una grieta en porcelana fina.

—¿Luminara Castellanos?, preguntó Seraphine, y no había acusación en su voz sino algo peor, había decepción, había comprensión de que él había elegido lo superficial sobre lo sustancial, lo fácil sobre lo auténtico.

—No he decidido, dijo Livin, lo cual era verdad pero también cobardía, porque no decidir era en sí mismo una decisión, era elegir mantener ambas opciones abiertas hasta el último momento posible, maximizar su placer sin considerar el costo emocional para las personas involucradas.

—Entonces deja que te ayude a decidir, dijo Seraphine, y había una firmeza en su voz que él no había escuchado antes, si tienes que elegir entre alguien que te ve realmente y alguien que está enamorada de tu imagen, de ese carisma extraño que tienes y que hace que las personas hagan lo que tú quieres, entonces no hay verdadera elección, o al menos no debería haberla, pero si para ti hay elección, si tienes que pensarlo, entonces eso me dice todo lo que necesito saber sobre quién eres realmente.

Ella se fue antes de que él pudiera responder, caminó por el pasillo con esa dignidad que solo las personas con fuerte sentido de sí mismas pueden mantener cuando están heridas, y Livin se quedó ahí parado, sintiendo algo que no había sentido completamente antes, vergüenza genuina, no la vergüenza superficial de ser atrapado en algo incorrecto sino la vergüenza profunda de reconocer que había usado su poder de maneras que dañaban a personas que no lo merecían.

La noche del baile de graduación llegó con esa inevitabilidad de los eventos que han sido planeados durante meses, Livin había invitado a Luminara, no por elección consciente sino por inercia, porque ella había asumido que iría con él y él no había tenido el coraje de contradecirla, se había dicho a sí mismo que Seraphine había dejado claro que no quería ir con él de todas formas, que había sido rechazado tanto como había rechazado, pero sabía que eso era racionalización, sabía que había

tomado el camino de menor resistencia, el camino que alimentaba su ego en lugar del que honraba la conexión genuina.

El gimnasio de la escuela había sido transformado con la ambición que caracteriza todos los bailes de graduación, luces que cambiaban de color, decoraciones que intentaban crear un ambiente de sofisticación adulta dentro de un espacio que olía a sudor adolescente y ambición atlética, música que pulsaba con ese volumen que hace imposible la conversación profunda pero que facilita el movimiento físico sin pensamiento, Luminara estaba hermosa en un vestido rojo que había sido elegido para impactar, y cumplió su propósito, giraba cabezas, inspiraba envidia en otras chicas y deseo en otros chicos, pero mientras bailaban, mientras ella presionaba su cuerpo contra el de él con una familiaridad que sugería propiedad, Livin miraba por encima de su hombro buscando a Seraphine.

La encontró en una esquina del gimnasio, había venido sola, llevaba un vestido azul simple que era elegante precisamente por su falta de ostentación, estaba hablando con un grupo de amigos, riendo con esa genuinidad que la caracterizaba, y cuando sus ojos se encontraron brevemente a través del espacio lleno de estudiantes bailando, Livin vio en su expresión no ira ni dolor sino algo que era peor, vio pena, pena por él, por las elecciones que había hecho, por el poder que poseía pero que no sabía usar con sabiduría.

Esa mirada fue más devastadora que cualquier acusación podría haber sido, porque confirmó lo que él había estado temiendo sin admitirlo, que él podía obtener lo que quería, que podía tener el amor o al menos la apariencia del amor de casi cualquier persona, pero que ese poder era precisamente lo que lo separaba del tipo de conexión que realmente importaba, que mientras pudiera hacer que las personas lo desearan, nunca podría estar seguro de si lo deseaban por quién era realmente o por ese algo inexplicable que emanaba de él sin su control consciente completo.

La noche continuó con esa calidad surreal de los eventos que son simultáneamente exactamente lo que esperabas y completamente diferentes, hubo baile y música y coronación de rey y reina del baile, rituales adolescentes que se repetían año tras año con la seriedad que solo aquellos para quienes estas son las experiencias más importantes de sus vidas pueden mantener, Luminara fue afectuosa y posesiva en medidas iguales, marcó su territorio con la confianza de quien sabe que ha ganado una competencia aunque no entendiera completamente qué se estaba compitiendo.

Pero cuando Livin volvió a casa esa noche, después de dejar a Luminara con un beso que ella interpretó como promesa de más y que él entregó por obligación más que deseo, se sentó en su habitación todavía con el traje de graduación puesto y finalmente se permitió enfrentar la verdad que había estado evitando durante meses, que su poder no era un don

sin complicaciones, que la capacidad de influir en otros venía con la responsabilidad de usar esa influencia éticamente, que obtener lo que quería no significaba nada si lo que obtenía no era auténtico.

Pensó en Seraphine, en cómo la había elegido por segunda vez, en cómo había priorizado la validación del ego sobre la conexión genuina, y se preguntó si alguna vez aprendería a usar su poder de maneras que no dañaran a las personas que merecían ser tratadas con más cuidado, si alguna vez encontraría a alguien que pudiera amarlo no por su influencia sino a pesar de ella, si alguna vez sería capaz de confiar en los sentimientos de otra persona sabiendo lo que sabía sobre su propia capacidad para alterar esos sentimientos.

El baile de graduación había terminado, su último año de secundaria estaba llegando a su fin, y Livin se encontraba en el umbral de la vida adulta habiendo aprendido una de las lecciones más importantes y más dolorosas de su vida, que el poder sin sabiduría es una maldición, que la capacidad de obtener todo significa nada si no puedes estar seguro de que vale la pena tener lo que obtienes, que la soledad más profunda no es la ausencia de personas sino la presencia de personas cuya autenticidad siempre está en duda.

Capítulo 6

Nuevos horizontes universitarios

La Universidad de Pensilvania se extendía como una ciudad dentro de la ciudad, con sus edificios de ladrillo rojo que pretendían sabiduría acumulada durante siglos y sus espacios verdes donde estudiantes de todas partes del mundo se congregaban para intercambiar ideas que creían revolucionarias pero que probablemente habían sido discutidas en esos mismos espacios durante generaciones, Livingstone O'Farril había llegado con la esperanza de que el anonimato de una población estudiantil de miles le permitiría reinventarse, dejar atrás la reputación de ser el chico extraño con el carisma inexplicable y simplemente ser uno más entre los muchos jóvenes brillantes que habían sido seleccionados para estudiar allí, pero había aprendido en su primera semana que el anonimato verdadero era imposible para alguien como él, su presencia simplemente llamaba la atención de maneras que no podía controlar completamente.

Marcus Thaddeus había sido asignado como su compañero de cuarto en el dormitorio Harrison College House, y desde el primer momento en que se conocieron había quedado claro que Marcus era diferente de la mayoría de las personas que Livin había encontrado en su vida, era un joven alto y desgarbado con cabello rizado que se negaba a ser domado por ningún producto capilar, llevaba gafas gruesas que constantemente empujaba hacia arriba por su nariz mientras hablaba, y tenía esa cualidad de completa autenticidad que viene de nunca haber tenido que

pretender ser algo que no era, había crecido en una familia académica en Boston, su padre era profesor de filosofía y su madre enseñaba matemáticas, y desde niño había sido criado en un ambiente donde el cuestionamiento constante no solo era permitido sino esperado.

Lo que hacía a Marcus verdaderamente especial, al menos desde la perspectiva de Livin, era su aparente inmunidad al poder que había dominado la vida de Livin durante años, no era que Marcus no pudiera ser influenciado, era humano después de todo, pero había una calidad en su mente, una tendencia natural al escepticismo y al análisis crítico, que hacía que el poder de Livin se deslizara sobre él como agua sobre superficie encerada, podía sentir cuando Livin estaba tratando de usar su influencia, lo reconocía y lo llamaba, no con acusación sino con curiosidad genuina, como un científico identificando un fenómeno interesante que merecía estudio cuidadoso.

La primera vez que Marcus había mencionado el don de Livin había sido durante la tercera semana del semestre, estaban en su habitación compartida estudiando para diferentes exámenes, Livin para su clase de introducción a la psicología y Marcus para física cuántica, cuando Livin había sugerido casualmente que deberían tomar un descanso y salir por pizza, había sido una sugerencia simple, el tipo de cosa que los compañeros de cuarto dicen todo el tiempo, pero había notado mientras la decía que había modulado su voz de esa manera particular, había establecido contacto visual de esa forma específica, había usado sin pensar conscientemente las técnicas que había refinado durante años de uso.

Marcus había dejado su libro, había mirado a Livin con esa expresión analítica que Livin llegaría a conocer bien, y había dicho con completa calma, acabas de intentar hacer eso otra vez, esa cosa que haces con tu voz y tus ojos, lo he notado varias veces desde que nos conocimos, es sutil pero definitivamente está ahí, como si estuvieras tratando de convencerme a un nivel que va más allá de las palabras que usas.

Livin había sentido algo parecido al pánico, nadie había identificado tan directamente su poder antes, la gente respondía a él sin reconocer conscientemente que algo inusual estaba sucediendo, pero Marcus lo había visto claramente y lo estaba nombrando sin miedo ni acusación, solo curiosidad, ¿qué quieres decir?, había preguntado Livin, tratando de mantener su voz neutral.

—No finjas que no sabes de qué estoy hablando, había respondido Marcus, empujando sus gafas hacia arriba, he estado observándote durante semanas, la forma en que los profesores te prestan más atención que a otros estudiantes, cómo las personas tienden a estar de acuerdo contigo incluso cuando presentas argumentos débiles, la manera en que esa chica de nuestra clase de inglés, Isadora creo que se llama, te mira como si fueras la respuesta a preguntas que no sabía que

tenía, no es solo carisma normal, es algo más, algo que parece funcionar a un nivel casi subliminal.

Era la primera vez en su vida que alguien había articulado tan claramente lo que Livin había estado haciendo, la primera vez que su poder había sido reconocido explícitamente por otra persona, podría haber negado, podría haber usado ese mismo poder para convencer a Marcus de que estaba imaginando cosas, pero algo en la manera directa y sin juicio en que Marcus había presentado sus observaciones hizo que Livin tomara una decisión diferente, decidió confiar, decidió que después de años de guardar este secreto que apenas entendía, finalmente había encontrado a alguien con quien podía hablar sobre ello honestamente.

—Tienes razón, admitió Livin, dejando su libro de psicología a un lado, hay algo, no sé exactamente qué es o cómo funciona, pero sé que cuando realmente quiero que alguien haga algo, cuando me concentro y los miro directamente y modulo mi voz de cierta manera, es más probable que accedan, mucho más probable de lo que las estadísticas normales sugerirían.

Marcus había asentido como si Livin acabara de confirmar una hipótesis que había estado desarrollando, fascinante, dijo, y su voz tenía esa cualidad de excitación intelectual que adoptaba cuando encontraba un problema particularmente interesante, ¿desde cuándo has podido hacer esto?, ¿es algo que desarrollaste conscientemente o simplemente sucedió naturalmente?

Durante las siguientes horas, mientras la noche caía sobre el campus y otros estudiantes salían a fiestas y eventos sociales, Livin y Marcus habían tenido la conversación más honesta y exhaustiva que Livin había tenido jamás sobre su poder, le contó sobre Matthias y el robot transformable cuando tenía cinco años, sobre su padre y el Nintendo, sobre el señor Hendricks y la calificación cambiada, sobre Braddock y la confrontación que había terminado sin violencia, sobre Seraphine y Luminara y el baile de graduación, compartió años de experiencias que había mantenido en secreto, momentos de triunfo mezclados con momentos de profunda incertidumbre moral.

Marcus había escuchado todo con esa atención completa que caracterizaba su aproximación a los problemas complejos, hacía preguntas ocasionales para clarificar detalles, tomaba notas mentales que Livin podía ver reflejadas en sus expresiones cambiantes, y cuando Livin finalmente terminó su relato, cuando había vaciado años de secretos y dudas sobre la alfombra raída de su habitación compartida, Marcus había guardado silencio durante un largo momento antes de hablar.

—Creo, dijo finalmente, que lo que tienes es real, no es solo carisma excepcional o habilidades de persuasión superiores, es algo más fundamental, algo que opera a un nivel neurológico o quizás incluso más

profundo, la pregunta es qué vas a hacer con ese conocimiento, porque una vez que reconoces completamente que tienes este poder, una vez que aceptas su realidad, ya no puedes usarlo inconscientemente sin responsabilidad moral, cada vez que lo uses a partir de ahora será una elección consciente, y las elecciones conscientes requieren justificación ética.

Era exactamente lo que Livin había necesitado escuchar sin saber que lo necesitaba, no negación de su poder ni horror ante él, sino reconocimiento seguido inmediatamente por el marco ético dentro del cual ese poder debería ser considerado, Marcus no lo trataba como un freak o como un superhéroe sino como un humano con una capacidad inusual que venía con responsabilidades inusuales, y esa normalización del fenómeno extraordinario era paradójicamente lo más útil que alguien podría haber ofrecido.

—Entonces qué sugieres, preguntó Livin, sintiéndose simultáneamente aliviado y abrumado por finalmente tener a alguien con quien explorar estas preguntas.

—Sugiero, respondió Marcus con esa practicidad que Livin llegaría a valorar profundamente, que empecemos a estudiar esto sistemáticamente, tú ya estás tomando psicología, deberías agregar neurociencia, tal vez biología, necesitas entender cómo funciona la mente humana a nivel fundamental si quieres entender cómo tu poder interactúa con ella, y mientras tanto, necesitas desarrollar un código ético personal, reglas claras sobre cuándo es aceptable usar tu habilidad y cuándo no lo es, porque sin esas reglas, te garantizo que vas a terminar haciendo daño a personas que no lo merecen, probablemente ya lo has hecho sin darte cuenta completa de ello.

Tenía razón, por supuesto, Livin había dañado a Seraphine, había manipulado a sus maestros, había alterado el curso de docenas o quizás cientos de interacciones sin considerar completamente las implicaciones morales de lo que estaba haciendo, pero ahora, con Marcus como espejo que reflejaba sus acciones de vuelta a él sin el distorsión de su propia racionalización, podía comenzar a ver el patrón completo de su comportamiento y sus consecuencias.

Durante los siguientes meses, Livin y Marcus se embarcaron en lo que Marcus llamaba medio en broma el Proyecto Livingstone, Livin cambió su especialización académica para incluir cursos de psicología cognitiva, neurociencia, y hasta filosofía ética, leyó vorazmente sobre persuasión, hipnosis, influencia social, cualquier cosa que pudiera ofrecer un marco para entender su habilidad, y mientras tanto, con Marcus como testigo y ocasionalmente como sujeto experimental voluntario, comenzó a mapear más cuidadosamente exactamente qué podía hacer y bajo qué circunstancias.

Descubrieron que el contacto visual directo era crucial, que la modulación vocal importaba pero era secundaria, que el estado emocional de Livin afectaba la potencia de su influencia, cuando estaba calmado y enfocado el poder era más fuerte, cuando estaba ansioso o disperso era más débil, descubrieron también que algunas personas eran más susceptibles que otras, Marcus había resultado ser inusualmente resistente pero no completamente inmune, había límites a lo que Livin podía lograr incluso con las personas más susceptibles, no podía hacer que alguien hiciera algo completamente contrario a sus valores fundamentales, pero podía inclinar decisiones que estaban en zonas grises morales.

Pero más importante que los descubrimientos técnicos sobre su poder fueron las conversaciones éticas que Marcus insistía en tener regularmente, ¿es aceptable usar tu poder para conseguir una cita con alguien que te atrae?, preguntaba Marcus, ¿qué pasa con usarlo para conseguir una extensión de plazo en un proyecto cuando realmente necesitas más tiempo?, ¿es diferente usarlo en un contexto académico versus un contexto social versus un contexto romántico?, ¿hay situaciones donde sería moralmente obligatorio usar tu poder, como por ejemplo para prevenir que alguien haga algo peligroso?

Eran preguntas sin respuestas fáciles, pero el acto de hacerlas, de considerar cuidadosamente las implicaciones éticas de cada uso potencial de su poder, transformó fundamentalmente la relación de Livin con su habilidad, ya no era algo que simplemente le sucedía o que usaba reactivamente cuando quería algo, se estaba convirtiendo en una herramienta que podía elegir emplear o no emplear basándose en principios cuidadosamente considerados.

Una noche, varios meses después de que hubieran iniciado su exploración sistemática del poder de Livin, estaban sentados en los escalones del edificio de psicología viendo a otros estudiantes pasar, Livin había dicho algo que sorprendió incluso a él mismo en su honestidad, sabes, le había dicho a Marcus, por primera vez en mi vida siento que tengo un amigo real, alguien que me conoce completamente, que sabe lo que puedo hacer, y que elige estar cerca de mí de todas formas, no porque yo lo haya influenciado sino porque genuinamente encuentra valor en nuestra amistad.

Marcus había sonreído, había empujado sus gafas hacia arriba en ese gesto característico, y había respondido, bueno, eso es porque eres un idiota bastante interesante incluso sin tu poder raro, además, alguien tiene que asegurarse de que no te conviertas en un supervillano, y aparentemente ese alguien soy yo.

Habían reído juntos, esa risa fácil y genuina que solo es posible entre personas que se conocen profundamente y se aceptan completamente, y Livin había pensado que tal vez, solo tal vez, el don que había parecido una maldición durante tantos años podría convertirse en algo más

manejable, algo que podría integrar en una vida ética y auténtica, si tenía la suerte de mantener a personas como Marcus a su lado, personas que lo veían claramente y lo amaban de todas formas, no por su poder sino a pesar de él, o quizás más precisamente, como un aspecto complejo de un ser humano complejo que merecía ser entendido más que temido o adorado.

Capítulo 7

El poder de la persuasión académica

La carta de rechazo había llegado dos semanas antes, papel membretado de la Fundación Whitmore con su sello dorado que parecía burlarse de él desde el sobre abierto en su escritorio, estimado Sr. O'Farril, lamentamos informarle que su solicitud para la beca de investigación Whitmore no ha sido seleccionada, aunque su propuesta demostró mérito considerable, hemos decidido otorgar la beca a candidatos cuyos proyectos se alineaban más estrechamente con las prioridades actuales de la fundación, Livingstone O'Farril había leído esa carta cinco veces, buscando entre líneas alguna explicación más satisfactoria que el rechazo simple y brutal, y no había encontrado ninguna.

Era la primera vez en su vida académica que había aplicado a algo significativo sin usar su poder y había fracasado, había enviado la aplicación por correo, había evitado la entrevista en persona que normalmente habría solicitado, había querido probar que podía tener éxito basándose puramente en el mérito de sus ideas, y el universo había respondido con un no claro y definitivo, la experiencia había sido simultáneamente validante y aterradora, validante porque confirmaba que su poder era real y medible por su ausencia, aterradora porque sugería que sin ese poder era simplemente ordinario, uno más entre miles de estudiantes de posgrado brillantes compitiendo por recursos limitados.

Y ahora la beca Rothschild, más prestigiosa, más generosa, más importante para su futuro académico, cincuenta mil dólares y mentoría con la doctora Evangeline Pemberton que prácticamente garantizaba publicaciones en revistas de primer nivel, Marcus había advertido, habían establecido líneas, habían trazado principios, pero mientras Livingstone miraba el espejo de su habitación a las dos de la mañana la noche antes de su presentación al comité de selección, mientras practicaba su postura y su contacto visual y la modulación exacta de su voz que sabía que penetraría las defensas cognitivas de las personas, se preguntaba si los principios importaban cuando estaban en juego los siguientes cinco años de su vida.

Se había parado frente al espejo durante casi una hora, experimentando con diferentes ángulos de su cabeza, diferentes intensidades en su

mirada, había practicado frases clave con variaciones sutiles de tono, había cronometrado sus pausas para máximo impacto emocional, y con cada repetición había sentido esa sensación familiar, casi física, de poder fluyendo a través de él como electricidad a través de cables, era adictivo de maneras que nunca había admitido completamente, no solo los resultados que el poder producía sino el acto mismo de usarlo, la sensación de control, de dominio, de ser capaz de alterar la realidad social a través de simple aplicación de voluntad enfocada.

La noche antes de la presentación había escrito en su diario, una práctica que Marcus había sugerido para rastrear su uso del poder, las palabras habían salido en confesión cruda: "Sé que no debería hacerlo. Sé que cada vez que uso mi poder deliberadamente para ventaja personal, estoy traicionando los principios que afirmo defender. Pero hay una voz en mi cabeza que dice: ¿por qué tengo este poder si no es para usarlo? ¿Por qué debería atarme una mano detrás de la espalda cuando otros usan todas las ventajas que poseen? ¿No sería estúpido, casi inmoral hacia mí mismo, desperdiciar esta capacidad por algún sentido abstracto de juego limpio en un mundo que claramente no es limpio?"

La mañana de la presentación había comenzado con email de Damian Castellanos, otro candidato para la beca que Livin conocía vagamente de conferencias académicas, el email había sido dirigido a todos los finalistas, cordial en superficie pero competitivo en sustancia, describiendo una publicación reciente en Nature Neuroscience que fortalecía significativamente su aplicación, había adjuntado el artículo como si fuera simple compartir académico, pero Livin había reconocido el movimiento por lo que era, intimidación psicológica, demostración de credenciales, el tipo de maniobra que personas sin poderes especiales tenían que usar para establecer dominio.

Y había funcionado, Livin había leído el artículo durante el desayuno y había sentido su confianza erosionarse, Damian había hecho trabajo genuinamente impresionante, su metodología era rigurosa, sus hallazgos eran significativos, si la selección se basaba puramente en mérito académico demostrado, Damian probablemente merecía ganar, y esa realización había sido la grieta en la presa de la resolución ética de Livin, porque si iba a perder de todas formas, ¿no tenía derecho a usar todas las herramientas a su disposición?

Marcus había llamado justo cuando Livin estaba saliendo hacia la universidad, su voz había tenido esa cualidad de alerta que indicaba que sabía exactamente qué batalla interna Livin estaba librando, recuerda por qué establecimos estas reglas, había dicho Marcus sin preámbulo, no porque el mundo es justo sino precisamente porque no lo es, porque si usas tu poder cada vez que la competencia es difícil, nunca sabrás qué eres capaz de lograr legítimamente, y pasarás el resto de tu vida preguntándote si tus logros son reales o si son simplemente ilusiones que has creado.

—¿Y si no soy capaz de lograr nada legítimamente?, había preguntado Livin, ¿y si sin mi poder soy completamente mediocre?

—Entonces al menos lo sabrás, había respondido Marcus, y podrás tomar decisiones basadas en esa verdad en lugar de vivir en negación cómoda, pero no creo que seas mediocre, creo que tienes miedo de descubrir que eres ordinario, y ese miedo te está empujando hacia traicionar tus valores.

La sala de conferencias había sido intimidante de esas maneras que las salas de conferencias académicas siempre son, decoración que pretende grandeza intelectual a través de retratos de académicos muertos y estantes llenos de libros que probablemente nadie había leído en décadas, la doctora Pemberton había estado allí con el doctor Thorne y la doctora Silvestre, el comité completo que decidiría su futuro, y cuando Livin había entrado había visto a Damian Castellanos saliendo, Damian había pasado junto a él con sonrisa confiada y había murmurado buena suerte de manera que había sonado como no la necesitarás porque ya perdiste.

Livin había comenzado su presentación sin usar su poder, había presentado su propuesta sobre mecanismos neurológicos de influencia interpersonal con claridad profesional pero sin el carisma adicional que podría haber empleado, había explicado su metodología, había defendido sus hipótesis, había respondido preguntas técnicas con competencia, y había visto en las expresiones del comité exactamente lo que había temido, interés educado pero no entusiasmo, apreciación de la calidad de su trabajo pero no convicción de que era superior a otras propuestas que habían escuchado.

Había sido en el minuto doce de su presentación de veinte minutos, justo cuando estaba explicando las implicaciones más amplias de su investigación, cuando había sentido el momento decisivo llegar, la doctora Pemberton había mirado su reloj discretamente, el doctor Thorne había comenzado a tomar notas, y Livin había sabido con certeza súbita que estaba perdiendo, que su presentación era buena pero no suficientemente buena, que Damian con su publicación en Nature probablemente ganaría la beca.

Y en ese momento había tomado la decisión, no conscientemente, no con deliberación cuidadosa, sino con el automatismo de alguien alcanzando un interruptor familiar en la oscuridad, había establecido contacto visual directo con la doctora Pemberton, había modulado su voz a esa frecuencia penetrante, había usado cada técnica que había refinado durante años, había transformado su presentación de competente a magnética en el espacio de tres frases.

Había visto el cambio inmediato, la manera en que la doctora Pemberton había dejado de mirar su reloj y había comenzado a inclinarse hacia adelante, cómo el doctor Thorne había dejado de resumir y había

comenzado a asentir con creciente entusiasmo, la forma en que la doctora Silvestre había ido de cortesía profesional a fascinación genuina, había sido como encender luces en habitación oscura, instantáneo y completo, y había sido embriagador.

Los siguientes ocho minutos de su presentación habían sido obra maestra de persuasión, no había cambiado el contenido, no había hecho afirmaciones falsas o exagerado sus capacidades, simplemente había presentado información que tenía de manera que era imposible resistir, había terminado con aplausos metafóricos, con el comité prácticamente declarando su entusiasmo antes de que él saliera de la sala.

El email había llegado dos semanas después, felicitaciones, había escrito la doctora Pemberton, su propuesta fue excepcional, el comité estuvo unánimemente de acuerdo en que su investigación representa exactamente el tipo de trabajo innovador que la beca Rothschild existe para apoyar, estoy emocionada de comenzar a trabajar con usted.

Marcus había estado presente cuando Livin leyó el email, había visto el triunfo y la culpa mezclarse en la expresión de su amigo, había guardado silencio durante largo momento antes de decir simplemente, lo hiciste, ¿verdad?, usaste tu poder.

—Iba a perder, había dicho Livin, Damian tiene una publicación en Nature, su trabajo es objetivamente más impresionante que el mío en este punto de nuestras carreras.

—Entonces deberías haber perdido, había respondido Marcus, y deberías haber usado esa pérdida como motivación para hacer trabajo aún mejor, pero en lugar de eso elegiste el atajo, y ahora nunca sabrás si podrías haber ganado legítimamente con una propuesta diferente o con más preparación, robaste esa posibilidad de ti mismo.

Pero el golpe más duro había venido tres semanas después, cuando Livin había conocido a Jenny Morrison en la primera reunión del grupo de investigación, ella había estado observándolo durante su breve presentación con intensidad que había ido más allá de interés académico normal, y después de la reunión había venido directamente hacia él sin la danza social usual de aproximaciones graduales.

En su cuaderno, que Livin vería meses después cuando su relación se había profundizado lo suficiente para compartir tales intimidades, Jenny había escrito después de ese primer encuentro: "Conocí a L. O'Farril hoy. Hay algo en él que no puedo nombrar. No es solo inteligencia o carisma. Es como si tuviera un campo gravitacional que inclina a las personas hacia él. La Dra. Pemberton hablaba de él con un entusiasmo que no he visto en ningún otro estudiante. Necesito entender qué es esto. Necesito entender si es real o si estoy imaginando algo porque estoy predispuesta a encontrar fenómenos inusuales en mi área de estudio. Pero hay algo. Lo sé."

Cuando Jenny lo había confrontado directamente después de esa primera reunión, cuando había dicho tu investigación sobre influencia interpersonal es autobiográfica, ¿verdad?, Livin había sentido algo quebrarse dentro de él, no dramáticamente sino como grieta fina en vidrio, apenas visible pero fundamental, había encontrado a alguien más que podía ver, que no sería engañada o distraída, y en lugar de sentirse amenazado había sentido algo cercano a alivio.

Esa noche había escrito en su diario: "Jenny Morrison ve lo que hago. No completamente, no todavía, pero ve suficiente para hacer preguntas correctas. Y lo extraño es que no quiero mentirle. No quiero usar mi poder en ella, aunque probablemente podría. Quiero que alguien más aparte de Marcus conozca la verdad. Quiero que alguien me vea completamente y me diga si soy monstruo o simplemente humano con capacidad inusual. Pero también tengo miedo. Porque si le digo la verdad sobre cómo gané esta beca, sobre todas las veces que he cruzado líneas que prometí no cruzar, tal vez ella verá el monstruo y no el humano. Tal vez ella tendrá razón."

La beca Rothschild había sido tanto victoria como derrota, había ganado el reconocimiento y los recursos que necesitaba para su investigación, pero había perdido algo más fundamental, había perdido la ilusión de que podía vivir según sus principios cuando los costos de hacerlo se volvían demasiado altos, había demostrado a sí mismo que era exactamente tan débil como había temido ser, que su ética era condicional, que podía racionalizar cualquier traición a sus valores si la recompensa era suficientemente atractiva.

Y mientras comenzaba su investigación bajo la mentoría de la doctora Pemberton, mientras publicaba artículos y ganaba reconocimiento en su campo, mientras construía una carrera que parecía brillante desde afuera, había cargado el peso de saber que todo estaba construido sobre fundación de manipulación, que su éxito era real pero que la manera en que lo había obtenido era corrupta, que había elegido poder sobre principio y que esa elección lo había cambiado de maneras que no podía deshacer.

Jenny había visto ese peso, incluso antes de entender completamente su fuente, había visto la manera en que el éxito de Livin no lo hacía feliz, cómo cada reconocimiento parecía ser carga adicional en lugar de validación, y había comenzado a hacer preguntas que lo forzarían eventualmente a confrontar no solo lo que había hecho sino quién estaba convirtiéndose, un hombre que podía obtener cualquier cosa que quisiera excepto la única cosa que realmente importaba, certeza de que sus logros eran genuinamente suyos, de que las personas en su vida lo elegían libremente, de que no estaba construyendo castillo de ilusiones que colapsaría el momento en que su poder fallara o fuera removido.

La tentación había ganado, como Marcus había advertido que ganaría, y esa victoria se había sentido como derrota, el tipo de derrota que es

peor porque viene envuelta en apariencia de triunfo, porque hace imposible distinguir entre lo que realmente ganaste y lo que simplemente tomaste usando ventajas que otros no poseían, y mientras Livin había celebrado su beca, mientras había comenzado su investigación, mientras había conocido a Jenny y había comenzado a imaginar futuro que incluía no solo éxito académico sino también conexión genuina, había cargado el conocimiento de que ya había traicionado los principios que necesitaría para hacer ese futuro posible.

Capítulo 8

Corazones rotos y lecciones aprendidas

Ariadne Westbrook había dicho te amo en una tarde de primavera mientras caminaban por Schuylkill River Trail, el sol se reflejaba en el agua creando ese tipo de luz dorada que hace que todo parezca más significativo de lo que probablemente es, y Livingstone O'Farril había respondido con las mismas palabras, yo también te amo, había dicho, y en el momento de decirlo había creído que era verdad, o al menos había creído que creía que era verdad, pero esa noche, acostado en su cama mirando el techo de su habitación, se había preguntado si ella realmente lo amaba o si simplemente amaba la versión de él que su poder había creado en su mente, si sus sentimientos eran auténticos o si eran construcciones químicas inducidas por esa cosa inexplicable que él hacía con sus ojos y su voz cuando quería que alguien se sintiera atraído hacia él.

Habían estado saliendo durante cuatro meses, un récord personal para Livin que históricamente había saboteado relaciones antes de que pudieran profundizarse lo suficiente como para que estas preguntas se volvieran urgentes, Ariadne era estudiante de literatura comparada, leía vorazmente en tres idiomas, escribía poesía que era genuinamente buena aunque nunca la mostraba a nadie excepto a Livin, tenía ese tipo de belleza intelectual que se vuelve más atractiva mientras más la conoces, cabello negro que usualmente llevaba en un moño desordenado, ojos oscuros que brillaban cuando hablaba de Borges o Calvino, una risa que era rara pero que cuando aparecía iluminaba toda su expresión.

Livin no podía recordar exactamente cuándo había usado su poder con ella, si había sido durante su primera conversación en la biblioteca cuando ella había preguntado si el asiento junto a él estaba ocupado y él había dicho que no con esa sonrisa que sabía que hacía que las personas quisieran quedarse, o si había sido más tarde durante su segunda cita cuando había establecido contacto visual prolongado mientras hablaban sobre sus familias y sus miedos, o si quizás había sido gradual, un uso inconsciente y constante de su influencia a lo largo de todos sus encuentros, acumulándose como intereses compuestos

hasta que ella se encontró enamorada sin poder trazar exactamente el camino que la había llevado allí.

Esa era la parte más aterradora de su poder, había descubierto, no los momentos dramáticos donde conscientemente lo usaba para lograr algo específico, sino los miles de momentos pequeños donde lo usaba sin pensar, donde simplemente era él mismo y ese ser él mismo incluía una influencia constante y sutil que alteraba cómo las personas respondían a él, era como un campo magnético que no podía apagar, que distorsionaba todas las interacciones en su proximidad de maneras que eran imposibles de calibrar con precisión.

La ruptura había comenzado de la manera más mundana posible, con una pregunta que Ariadne había hecho durante el desayuno en su cafetería favorita en University City, ¿alguna vez dudas de nosotros?, había preguntado mientras removía su café con esa concentración excesiva que indica que la pregunta real es mucho más importante que el acto físico que la acompaña, ¿alguna vez te preguntas si lo que sentimos es real?

Livin había querido mentir, había querido dar la respuesta reconfortante que mantendría la paz y preservaría la relación, pero algo en la manera en que ella había hecho la pregunta, con esa vulnerabilidad valiente que había llegado a asociar con momentos de verdad inevitable, lo había hecho pausar, todo el tiempo, había admitido finalmente, me pregunto si me amas realmente o si te hice amarte.

Ariadne había dejado su taza de café con cuidado excesivo, como si el acto de colocarla precisamente en su platillo fuera la única cosa que podía controlar en una conversación que claramente estaba escapando de su control, ¿qué se supone que significa eso?, había preguntado, y había una mezcla de confusión y creciente alarma en su voz, ¿que me hiciste amarte?, ¿cómo alguien hace que otra persona se enamore?

Y entonces Livin había hecho algo que nunca había hecho antes con alguien con quien estaba románticamente involucrado, había contado la verdad completa sobre su poder, no versiones editadas o explicaciones evasivas sino la historia completa, desde Matthias y el robot transformable hasta la beca Rothschild, desde Seraphine y Luminara hasta las conversaciones éticas con Marcus, le había explicado cómo funcionaba su influencia, cómo el contacto visual y la modulación vocal podían alterar la manera en que las personas tomaban decisiones, cómo él mismo no siempre sabía cuándo lo estaba usando porque había sido parte de él durante tanto tiempo que distinguir entre su personalidad natural y su poder antinatural era a veces imposible.

Ariadne había escuchado con una expresión que había ido de incredulidad a comprensión a algo que se parecía al horror, cuando Livin terminó de hablar, cuando había vaciado años de secretos sobre la mesa manchada de café entre ellos, ella había guardado silencio durante lo

que parecieron minutos pero probablemente fueron solo segundos, entonces todo lo que sentí, había dicho finalmente, y su voz era pequeña, frágil, todo lo que pensé que sentía, ¿fue manipulación?, ¿fue falso desde el principio?

—No sé, había respondido Livin honestamente, y esa honestidad había sido más cruel que cualquier mentira reconfortante podría haber sido, no puedo saber con certeza qué parte de tus sentimientos son genuinos y qué parte son resultado de mi influencia, tal vez todo es genuino, tal vez nada lo es, tal vez es una mezcla, pero la verdad es que nunca podré estar completamente seguro, y tú tampoco.

Esa incertidumbre había sido lo que finalmente había destruido la relación, no con explosión dramática sino con erosión gradual de confianza, Ariadne había tratado de continuar, había dicho que sus sentimientos eran reales independientemente de cómo habían comenzado, pero Livin podía ver la duda instalándose en sus ojos cada vez que lo miraba, podía sentir cómo ella comenzaba a cuestionar cada uno de sus propios pensamientos y emociones, preguntándose si eran auténticamente suyos o si eran productos de su manipulación, y esa duda había crecido como hierba mala hasta que había estrangulado todo lo que había sido hermoso entre ellos.

Habían terminado oficialmente tres semanas después de esa conversación en la cafetería, de mutuo acuerdo que en realidad no había sido mutuo sino resignación compartida ante lo inevitable, Ariadne había llorado, Livin también, y ambos habían reconocido que amaban lo que habían tenido pero que no podían continuar con la sombra de incertidumbre envenenando cada momento de intimidad.

Fue Jenny quien había encontrado a Livin después de la ruptura, sentado solo en los escalones del edificio de psicología donde a veces iba cuando necesitaba pensar, era tarde, la mayoría de los estudiantes ya se habían ido a casa o a fiestas o a donde sea que los estudiantes van cuando no están cuestionando la naturaleza fundamental de sus relaciones humanas, ella se había sentado a su lado sin pedir permiso, había guardado silencio durante un rato, y luego había dicho con esa forma directa de expresarse, característica de ella, escuché sobre ti y Ariadne, lo siento.

—¿Cómo te enteraste?, había preguntado Livin, no porque realmente importara sino porque necesitaba decir algo.

—Campus pequeño, grandes chismes, además Marcus me lo mencionó, está preocupado por ti, dice que has estado evitándolo, lo cual probablemente significa que sabes que tiene razón sobre algo que no quieres admitir.

Livin había sonreído débilmente ante eso, Marcus lo conocía demasiado bien, es mi culpa, había dicho, no debería haber empezado una relación

sabiendo que nunca podría confiar en los sentimientos de ella, fue egoísta, fue injusto para ella.

—Tal vez, había concedido Jenny, pero también fue humano, todos queremos conexión, todos queremos ser amados, el hecho de que tengas este poder raro no cancela tu necesidad básica de intimidad humana, el problema no es que intentaste tener una relación, el problema es que no resolviste la pregunta fundamental antes de hacerlo.

—¿Qué pregunta?

—Si es posible tener una relación auténtica cuando posees la capacidad de influir en los sentimientos de tu pareja, respondió Jenny, y esa es una pregunta que no puedes responder solo pensando en ella, necesitas experimentar, necesitas encontrar maneras de estar con alguien sin usar tu poder, lo cual significa que necesitas aprender a reconocer cuándo lo estás usando y desarrollar la disciplina para no usarlo.

—He estado tratando de hacer eso durante años, había protestado Livin, tengo reglas, tengo límites.

—Tienes reglas que rompes cuando es conveniente, había corregido Jenny sin crueldad pero con firmeza, y tienes límites que redibujas cuando presionan contra lo que quieres, eso no es disciplina real, eso es autoengaño con mejor packaging, si realmente quieres tener relaciones auténticas, necesitas hacer algo radical.

—¿Como qué?

—Como prometerte a ti mismo que nunca usarás tu poder conscientemente con alguien que te importa románticamente, ni siquiera una vez, ni siquiera en situaciones donde sería útil o conveniente, necesitas crear una regla absoluta y mantenerla incluso cuando duela, especialmente cuando duela.

Era exactamente el tipo de consejo difícil y poco reconfortante que Jenny tendía a ofrecer, el tipo que era molesto precisamente porque era correcto, Livin había sabido en algún nivel que eso era lo que necesitaba hacer, pero escucharlo articulado tan claramente por alguien más lo hacía imposible de ignorar, ¿y si eso significa que nunca puedo tener una relación exitosa?, había preguntado, ¿y si mi poder es tan parte de mí que no puedo separarlo completamente de mis interacciones?

—Entonces al menos lo sabrás, había respondido Jenny, al menos habrás intentado hacer lo correcto, y quién sabe, tal vez encuentres a alguien que sea naturalmente resistente a tu influencia, alguien como Marcus pero con quien puedas tener atracción romántica, o tal vez aprendas a controlar tu poder tan completamente que puedas apagarlo cuando elijas, pero ninguna de esas cosas sucederá si sigues haciendo lo que has estado haciendo, que es usar tu poder cuando quieres algo y luego sentirte culpable después.

Habían permanecido sentados en esos escalones durante otra hora, hablando sobre poder y responsabilidad, sobre amor y autenticidad, sobre la diferencia entre soledad elegida y aislamiento impuesto, y cuando finalmente se habían despedido esa noche, cuando Jenny se había ido caminando hacia su apartamento y Livin hacia el suyo, él había sentido algo que no había sentido en mucho tiempo, no exactamente esperanza pero tal vez algo cercano a claridad, una comprensión de que el camino adelante no sería fácil pero que al menos ahora sabía cuál era ese camino.

Durante las siguientes semanas, Livin había evitado citas románticas completamente, había enfocado su energía en su investigación y en sus estudios, había pasado más tiempo con Marcus discutiendo no solo la ética de su poder sino las mecánicas prácticas de controlarlo, había empezado a meditar, un ejercicio que Marcus había sugerido para desarrollar mayor consciencia de sus propios estados mentales y patrones de comportamiento, había comenzado a llevar un diario donde documentaba cada vez que reconocía que había usado su poder, consciente o inconscientemente, tratando de mapear los disparadores y los patrones.

Y había pensado mucho sobre Ariadne, sobre cómo ella había sido lo suficientemente valiente para amarlo a pesar de la incertidumbre, lo suficientemente honesta para hacer la pregunta difícil que había iniciado todo, lo suficientemente fuerte para alejarse cuando se hizo claro que la relación estaba construida sobre fundamentos inestables, había sido su primer amor verdadero, o al menos su primer intento de amor verdadero, y aunque había terminado en dolor, ese dolor había enseñado lecciones que ninguna cantidad de conversaciones éticas abstractas con Marcus podría haber enseñado.

El don que había parecido una bendición cuando era niño, que le había dado acceso a juguetes y videojuegos y calificaciones mejoradas, ahora se revelaba como la maldición que siempre había sido, no porque hiciera su vida más difícil en formas obvias, sino porque corrompía precisamente las cosas que más importaban, la confianza, la autenticidad, la capacidad de saber que eres amado por quien realmente eres y no por alguna versión manipulada de ti mismo que has proyectado consciente o inconscientemente.

Y mientras Livin se acostaba en su cama esa noche, pensando en Ariadne y en Jenny y en todas las lecciones dolorosas que había aprendido durante los últimos meses, se preguntó si alguna vez encontraría a alguien que pudiera amarlo verdaderamente, si alguna vez podría confiar en ese amor lo suficiente como para aceptarlo sin la sombra perpetua de duda, si alguna vez aprendería a vivir con su poder de maneras que no sacrificaran las conexiones humanas profundas que hacían que la vida valiera la pena vivir, no tenía respuestas todavía, solo la determinación de seguir buscándolas, de seguir tratando de ser

mejor, de seguir esperando que algún día la autenticidad que buscaba fuera posible para alguien como él.

Capítulo 9

Prácticas profesionales y nuevas tentaciones

La noche antes de la presentación crucial en Meridian Consulting, Livingstone O'Farril se había quedado despierto hasta las cuatro de la mañana en el apartamento que compartía con Jenny Morrison, ella había estado dormida en la habitación contigua, inconsciente de que en la sala él había estado ensayando exactamente cómo destruiría los principios que habían acordado defender juntos, había colocado su laptop en la mesa de café, había abierto su presentación de PowerPoint, y había practicado no solo el contenido sino la coreografía precisa de manipulación que lo acompañaría.

Diapositiva tres, contacto visual directo con el CFO del cliente durante exactamente tres segundos, diapositiva siete, pausa dramática de cinco segundos después de la estadística clave mientras mantenía expresión de preocupación calculada, diapositiva doce, la recomendación más costosa, modulación de voz bajando medio tono para crear sensación de intimidad y confianza, había cronometrado cada movimiento, había ensayado cada gesto, y con cada repetición había sentido dos voces en su cabeza librando guerra.

La primera voz, la que reconocía como su mejor yo, la voz que sonaba como Marcus y como la versión de Jenny que creía en su capacidad de cambio, había dicho: esto es exactamente lo que prometiste no hacer, estás planeando deliberadamente usar tu poder para ventaja profesional, estás convirtiendo a seres humanos en herramientas para tu ambición, cada vez que practicas esta manipulación estás eligiendo el tipo de persona que no quieres ser.

Pero la segunda voz, más seductora, más persuasiva, la voz que había estado creciendo más fuerte desde que había ganado la beca Rothschild, había respondido con argumentos que sonaban tan razonables: todos en el mundo corporativo usan todas las ventajas que tienen, Octavia usa su red de contactos, Grayson usa su reputación establecida, los clientes usan su poder económico, ¿por qué tú deberías atarte las manos cuando otros están jugando con todo su arsenal?, además, tus recomendaciones son genuinamente buenas para el cliente, no estás vendiéndoles algo dañino, simplemente estás asegurándote de que puedan ver el valor de tu análisis sin los sesgos que podrían interferir.

A las tres y media de la mañana había escrito un mensaje de texto a Marcus que nunca había enviado, el borrador había permanecido en su teléfono como evidencia de su conocimiento y su complicidad: "Mañana voy a usar mi poder en la presentación al cliente. Lo sé, lo sé todo lo que

vas a decir. Pero G está enfermo y esta es mi única oportunidad de demostrar que puedo funcionar a nivel senior. Si no lo hago, seré relegado a trabajo de análisis durante años. ¿Es tan malo usar una ventaja natural cuando las apuestas son tan altas? Los atletas usan sus cuerpos, los genios usan sus mentes, ¿por qué yo no puedo usar lo que tengo? Borra este mensaje. Nunca te lo envié."

La mañana había llegado con Jenny despertándolo con café y expresión de preocupación que había sido dolorosamente irónica dada lo que él había estado planeando durante la noche, estás pálido, había dicho ella, ¿dormiste algo?, y él había mentido con la facilidad que venía de meses de práctica, un poco, solo nervios por la presentación, es una gran oportunidad.

—Recuerda lo que acordamos, había dicho Jenny, colocando su mano en la mejilla de él con ternura que lo había hecho sentir como traidor incluso antes de cometer la traición, si te sientes tentado de usar tu poder, piensa en por qué estamos haciendo esto, piensa en el tipo de vida que queremos construir, una donde no tengamos que cuestionar cada éxito.

Él había asentido, había besado su mano, había murmurado promesas que ya sabía que rompería, y había salido hacia la oficina de Meridian cargando el peso de premeditación, esto no sería desliz accidental, no sería momento de debilidad en crisis, sería traición calculada ejecutada con precisión quirúrgica.

La sala de conferencias en el piso treinta y dos había sido diseñada para intimidar, ventanas de piso a techo mostrando Filadelfia extendida abajo como tablero de juego, mesa de caoba que probablemente costaba más que el salario anual de un pasante, sillas de cuero que susurraban dinero y poder con cada movimiento, los cinco ejecutivos del cliente farmacéutico habían estado sentados con esa postura de personas acostumbradas a decir no, brazos cruzados, expresiones escépticas, la configuración corporal de quienes han sido presentados muchas propuestas mediocres y han aprendido a no comprometerse hasta estar completamente convencidos.

Octavia Brennan había introducido a Livin con breve explicación sobre la ausencia de Grayson y confianza en la capacidad de su equipo para manejar la situación, Livin había visto el escepticismo intensificarse, había visto al CFO del cliente, un hombre llamado Roderick Thorne con cabello gris y ojos que habían evaluado miles de propuestas comerciales, intercambiar mirada significativa con su colega que claramente decía estamos a punto de perder sesenta minutos escuchando a un niño.

Los primeros diez minutos de la presentación habían sido profesionales pero no excepcionales, Livin había presentado el análisis que su equipo había preparado, había respondido preguntas técnicas

competentemente, había mantenido contacto visual normal y voz clara pero sin la modulación especial que sabía que alteraría el curso de la reunión, y había visto en tiempo real cómo estaba perdiendo la sala, Roderick había comenzado a revisar su teléfono discretamente, otra ejecutiva había comenzado a hacer anotaciones que parecían más lista de compras que notas de reunión, el lenguaje corporal colectivo había gritado estamos esperando que termine para poder decir no educadamente.

El momento había llegado en la diapositiva doce, la recomendación que requería que el cliente invirtiera ochenta millones de dólares en reestructuración de su cadena de suministro, era la recomendación más crítica, la más costosa, la que determinaría si Meridian conseguía el contrato completo o solo aprobación tibia para implementación parcial, Livin había comenzado a explicar la recomendación con su voz normal, profesional pero no especial, y había visto a Roderick comenzar a negar con la cabeza sutilmente, el gesto universal de alguien preparándose para rechazar una propuesta.

Y entonces, en fracción de segundo que parecía expandirse en eternidad, Livin había tomado la decisión, había establecido contacto visual directo con Roderick, no contacto visual casual de presentador a audiencia sino el tipo de contacto visual que creaba puente, que abría puerta, que invitaba sin pedir permiso, había modulado su voz a esa frecuencia exacta que había practicado la noche anterior, había usado la pausa dramática de cinco segundos que había cronometrado, y había visto el cambio instantáneo.

La mano de Roderick que había estado moviéndose hacia su teléfono se había detenido en medio aire, su expresión había cambiado de escepticismo educado a atención enfocada, los otros ejecutivos que habían estado dispersando su atención habían súbitamente convergido en Livin como si él fuera la única cosa importante en la sala, había sido como encender interruptor, de oscuridad a luz en microsegundo.

Los siguientes treinta minutos habían sido actuación maestra, Livin había usado cada técnica que había refinado durante años, cada truco que había jurado no usar, había establecido contacto visual estratégico con cada ejecutivo en momentos diseñados para máximo impacto emocional, había modulado su voz subiendo y bajando tonos para crear ondas de urgencia y tranquilidad, había posicionado su cuerpo de maneras que inconscientemente comunicaban autoridad y confiabilidad, había sonreído en momentos calculados para crear sensación de conspiración amistosa, había hecho todo lo que sabía que funcionaba.

Y había funcionado espectacularmente, la reunión que debería haber terminado con rechazo educado había terminado con Roderick diciendo esto es exactamente lo que necesitamos, con la CFO diciendo nunca he visto análisis tan claro, con compromisos de implementación completa y timeline agresivo, Octavia había estado observando desde el lado de la

sala con expresión que había mezclado impresión con algo más oscuro, algo que podría haber sido sospecha o tal vez reconocimiento de que había presenciado algo que no entendía completamente pero que sabía no era normal.

El email que Octavia había enviado esa tarde a los socios senior, que Livin vería meses después cuando Octavia accidentalmente lo había incluido en cadena de correo, había dicho: "L. O'Farril manejó la presentación de PharmaCorp brillantemente. Nunca he visto a un interno comandar sala de esa manera. Los clientes no solo aceptaron nuestras recomendaciones sino que prácticamente suplicaron comenzar implementación inmediata. Hay algo especial en su presencia. No puedo articularlo técnicamente, pero los clientes responden a él de maneras que van más allá de calidad del análisis. Recomiendo fuertemente oferta de tiempo completo y carrera acelerada hacia asociado."

Livin había llegado a casa esa noche con peso de éxito que se sentía como plomo en su estómago, Jenny había estado estudiando en el sofá, había levantado la vista cuando él había entrado y había sabido inmediatamente, su expresión había pasado de sonrisa anticipatoria a comprensión a algo que se había parecido a dolor físico en el espacio de tres segundos.

—Lo usaste, había dicho, y no había sido pregunta.

—La presentación estaba fallando, había comenzado Livin, pero Jenny lo había interrumpido con voz que había sido más fría que cualquier cosa que él hubiera escuchado de ella.

—No me des explicaciones, no me cuentes cómo estaba fallando o por qué sentiste que no tenías opción, porque ambos sabemos que tuviste opción, tuviste la opción de dejar que fallara, de aceptar que no todos los proyectos tienen éxito, de construir tu carrera lentamente basándote en trabajo genuino en lugar de en manipulación.

—Pero mi análisis era bueno, había insistido Livin, no les vendí algo falso, simplemente ayudé a que vieran el valor de trabajo genuinamente sólido.

—¿Lo escuchas?, había preguntado Jenny, levantándose del sofá, ¿escuchas cómo racionalizas?, "simplemente ayudé", como si ayudar y manipular fueran la misma cosa, como si alterar la capacidad de personas para tomar decisiones libres fuera acto de servicio en lugar de violación de su autonomía.

La pelea que había seguido había sido diferente de cualquier desacuerdo previo, había tenido cualidad de definitiva, como si algo fundamental estuviera siendo decidido en ese intercambio, Jenny había dicho cosas que no podía retractarse, que cada vez que él usaba su poder estaba demostrando que sus valores eran condicionales, que no podía confiar en que respetara su autonomía si alguna vez sintiera que las apuestas

eran suficientemente altas, que estaba construyendo carrera y vida sobre fundación de mentiras.

Y Livin había respondido con argumentos que sonaban desesperados incluso para él, que todos usaban sus ventajas, que el mundo corporativo recompensaba exactamente el tipo de influencia que él poseía, que sería estúpido no usar capacidad natural cuando otros no tenían escrúpulos similares, pero cada argumento había sonado más hueco que el anterior, porque sabía que Jenny tenía razón, sabía que había cruzado línea que habían acordado no debía ser, sabía que había elegido su carrera sobre su integridad.

—No puedo hacer esto, había dicho Jenny finalmente, con voz que había temblado no de ira sino de agotamiento emocional, no puedo estar con alguien que dice una cosa y hace otra, que establece principios y luego los abandona cuando se vuelven inconvenientes, si vas a usar tu poder cada vez que las apuestas parecen altas, entonces nunca puedo confiar en que no lo usarás conmigo cuando decidas que alguna situación justifica romper tu promesa.

—No lo usaría contigo, nunca lo usaría contigo, había dicho Livin, pero las palabras habían sonado vacías incluso mientras las decía, porque ¿cómo podía prometer eso cuando acababa de demostrar que sus promesas tenían límites?

Había sido Marcus quien había llamado dos horas después, después de que Jenny había salido del apartamento diciendo que necesitaba espacio para pensar, quien había escuchado toda la historia y había dicho con tristeza que era peor que decepción: no es que usaste tu poder, es que te gustó, es que descubriste que éxito profesional fácil es adictivo, y ahora has probado esa adicción va a ser mucho más difícil resistir la próxima vez, y la siguiente, has comenzado descenso y no estoy seguro de que tengas frenos suficientemente fuertes para detenerte.

Esa noche, solo en apartamento que de repente se había sentido demasiado grande y demasiado vacío, Livin había escrito en su diario: "Hoy elegí poder sobre principio. Elegí éxito sobre integridad. Y lo peor es que parte de mí no se arrepiente. Parte de mí piensa que hice lo correcto, que fui pragmático, que usé recursos disponibles para lograr resultado que benefició a todos. Pero otra parte de mí sabe la verdad: que soy débil, que soy adicto a sensación de control que viene de usar mi poder, que estoy construyendo vida que va a colapsar eventualmente porque está basada en manipulación en lugar de mérito genuino. Jenny tiene razón en dudar de mí. Yo dudo de mí."

Al día siguiente había renunciado a Meridian, no porque hubiera recuperado súbitamente sus principios sino porque había entendido que si permanecía en ese ambiente, si continuaba probando sabor del éxito fácil, perdería no solo a Jenny sino también a sí mismo, perdería la capacidad de distinguir entre influencia legítima y manipulación

inapropiada, se convertiría en exactamente el tipo de persona que había jurado nunca ser, alguien que usaba poder sin consideración por autonomía de aquellos afectados.

Octavia había estado confundida y decepcionada cuando él había presentado su renuncia, había ofrecido más dinero, mejor título, promesas de promoción rápida, y Livin había declinado todo con explicaciones vagas sobre diferentes direcciones de carrera, no había podido decir la verdad, que estaba renunciando porque había tenido éxito demasiado fácilmente, porque había descubierto que era exactamente tan débil como había temido ser, porque necesitaba alejarse antes de que el daño a su carácter se volviera permanente.

La lección de Meridian había sido brutal en su claridad: la tentación del poder no venía solo de malicia o de ambición desmedida, venía de racionalización razonable, de argumentos que sonaban lógicos, de justificaciones que parecían válidas hasta que uno se detenía a examinarlas honestamente, y una vez que habías cedido a esa tentación, una vez que habías probado cómo se sentía usar tu poder sin restricción, resistir la próxima vez se volvía exponencialmente más difícil.

Jenny había regresado al apartamento tres días después de su renuncia, habían hablado durante horas sobre lo que significaba su acción, si renunciar era suficiente o si era simplemente evitación de problema más profundo, habían acordado continuar su relación pero con nuevo entendimiento de que confianza que había sido dañada necesitaría ser reconstruida lentamente, que palabras ya no serían suficientes, que Livin necesitaría demostrar a través de acciones consistentes que podía vivir según principios que afirmaba valorar.

Pero ambos habían sabido que algo había cambiado irreversiblemente, que inocencia sobre capacidad de Livin para resistir tentación había sido perdida, que ahora vivían con conocimiento de que cuando presión era suficientemente alta, cuando apuestas parecían suficientemente importantes, él elegiría poder sobre principio, y ese conocimiento había cambiado naturaleza fundamental de su relación, había introducido elemento de vigilancia, de precaución, que no había existido antes.

La práctica en Meridian había terminado, pero las lecciones que había enseñado continuarían reverberando a través del resto de la vida de Livin, recordatorios permanentes de que el poder sin límites absolutos no era poder sino corrupción gradual, que cada vez que cedía a tentación hacía más fácil ceder la próxima vez, que el camino hacia convertirse en monstruo que temía ser estaba pavimentado con racionalizaciones razonables y justificaciones que sonaban lógicas pero que eran fundamentalmente defensas de egoísmo sobre ética.

Capítulo 10

El primer trabajo y el poder corporativo

El espejo del baño corporativo de Vanguard Pharmaceuticals había reflejado un rostro que Livingstone O'Farril apenas reconocía, no porque hubiera cambiado físicamente en los seis meses desde que había aceptado el puesto de gerente de estrategia comercial, sino porque había algo diferente en sus ojos, una dureza que no recordaba haber visto antes, o tal vez siempre había estado ahí y simplemente había aprendido a dejar de ocultarla, había practicado frente a ese espejo durante veinte minutos esa mañana, ensayando la expresión exacta que usaría cuando entrara a la sala de negociaciones, el ángulo preciso de su cabeza, la intensidad calculada de su mirada, todo coreografiado con la precisión de un bailarín preparándose para una actuación donde un solo paso en falso significaría el fracaso.

(Del cuaderno de Kasimir Drake, vicepresidente de desarrollo corporativo: "He observado a O'Farril durante tres semanas. Hay algo en él que desafía mi comprensión. Los fundadores más duros ceden ante él como mantequilla tibia. No es solo inteligencia o preparación, he visto a cien jóvenes brillantes fracasar donde él triunfa. Es algo visceral. Las personas cambian cuando él habla. Sus pupilas se dilatan ligeramente, su postura se relaja. He comenzado a grabar nuestras reuniones para estudiar exactamente qué hace. Todavía no lo sé. Pero lo sabré.")

Las negociaciones con Neuro Genesis habían llegado a su tercera semana de estancamiento cuando Thaddeus Covington, el CEO de ojos grises que había reclutado personalmente a Livin, había entrado a la sala de estrategia con la urgencia de un hombre que sentía el peso de sus accionistas respirando en su nuca, necesitamos cerrar esto, había dicho sin preámbulo, los fundadores están considerando otras ofertas, si no movemos sus expectativas de evaluación en las próximas cuarenta y ocho horas, perdemos la adquisición y con ella nuestra credibilidad ante el consejo.

—Déjame intentar algo diferente —había dicho Livin con una calma que había practicado hasta perfeccionar, una calma que sonaba como confianza profesional pero que era realmente la quietud de un depredador calculando el momento exacto para atacar.

Kasimir había entrecerrado los ojos, ese gesto que Livin había aprendido a reconocer como el momento cuando alguien inteligente comenzaba a sospechar que algo no era completamente normal pero no podía articular exactamente qué, ¿qué tienes en mente?, había preguntado con cautela que era igual partes curiosidad y alarma instintiva.

La mentira había fluido con la suavidad de algo ensayado mil veces: los fundadores están siendo irracionales sobre la evaluación porque están emocionalmente invertidos, necesitan sentir que no están vendiendo sino evolucionando su misión, si puedo reencuadrar la transacción como asociación transformadora en lugar de adquisición, tal vez sus

expectativas se volverán más flexibles, Kasimir había asentido lentamente porque el argumento había tenido sentido superficial, pero Livin había visto en sus ojos esa sombra de duda que significaba que algún nivel más profundo de comprensión reconocía que lo que Livin realmente estaba proponiendo era manipulación sistemática disfrazada de estrategia de comunicación inteligente.

(Fragmento de email de la doctora Amara Okonkwo, fundadora principal de Neuro Genesis, a su co-fundador la noche anterior a la reunión decisiva: "Sigo sin confiar en Vanguard. Covington es típico CEO corporativo, todo sobre números trimestrales. Pero hay algo en ese joven O'Farril que me inquieta más. Cuando habla, siento como si mis propias convicciones se volvieran borrosas. Mañana mantén tus ojos en él. Observa cómo nos mira. Hay algo que no puedo nombrar pero que puedo sentir.")

La sala de conferencias del hotel neutral había sido deliberadamente despojada de símbolos de poder corporativo, ni el logo de Vanguard ni el de Neuro Genesis en las paredes, solo ventanas con vista al río Schuylkill fluyendo indiferente a los dramas humanos que se desarrollaban a su lado, los tres fundadores habían llegado con su arsenal completo de asesores, siete personas en total, todas vestidas con esa casualidad calculada de Silicon Valley que señalaba rechazo de jerarquías tradicionales mientras participaban en una de las transacciones más jerárquicas posibles.

Livin había comenzado no con cifras ni con argumentos lógicos sobre sinergias, había comenzado con una pregunta que parecía inocente pero que había sido diseñada con la precisión de un bisturí: ¿qué los motivó a dedicar diez años de sus vidas a esta terapia específica?, y mientras los fundadores compartían historias sobre abuelas con Alzheimer y padres que habían perdido sus memorias antes de perder sus vidas, Livin había escuchado con esa intensidad total que hacía que las personas sintieran que finalmente alguien verdaderamente las comprendía, había establecido contacto visual en momentos estratégicos, había asentido con comprensión que era cincuenta por ciento genuina y cincuenta por ciento teatro calculado, había modulado su voz para alcanzar esa frecuencia que sabía, sin saber cómo sabía, que resonaba con algo primitivo en el cerebro humano.

(Del diario de Jenny Morrison, escrito tres días antes de la reunión: "Livin me habló anoche sobre la adquisición de Neuro Genesis. Dice que solo va a facilitar la comunicación. Pero conozco ese tono en su voz. Es el tono que usa cuando ya ha decidido cruzar una línea pero todavía está construyendo la racionalización. Le pregunté directamente si planeaba usar su poder. Dijo que haría lo que fuera necesario para que ambas partes vieran la sabiduría del acuerdo. Eso no es respuesta. Eso es evasión. Estoy comenzando a temer que lo estoy perdiendo al mundo

corporativo de la misma manera que casi lo perdí durante su práctica en Meridian.")

Y entonces Livin había comenzado su trabajo real, no la presentación de datos sino la transformación de resistencia en receptividad, había reencuadrado la adquisición con lenguaje que había sido elegido no por su precisión sino por su poder emocional: esta no es una venta, es una amplificación de su visión, no están perdiendo control sino ganando la infraestructura que permitirá que su investigación alcance a millones en lugar de permanecer atrapada en fase experimental durante años más de búsqueda de fondos desesperada, Vanguard no quiere poseer Neuro Genesis sino ser el vehículo a través del cual su misión se realiza.

Había visto el cambio instantáneo, la manera en que los hombros de la doctora Okonkwo se habían relajado casi imperceptiblemente, cómo su co-fundador había dejado de tomar notas defensivas y había comenzado a asentir con algo que se parecía peligrosamente a esperanza, había sido como ver hielo derretirse bajo sol concentrado, la resistencia que había sido sólida durante semanas súbitamente se había vuelto maleable, moldeable, vulnerable a ser reformada en la configuración que él necesitaba.

Cuatro horas después habían llegado a un acuerdo: doscientos veinte millones de dólares, ochenta millones menos de lo que los fundadores habían estado demandando pero cuarenta millones más de lo que Vanguard había estado dispuesto a ofrecer, más crítico, habían estructurado el acuerdo de maneras que preservaban la ilusión de autonomía operacional mientras entregaban control real a Vanguard, había sido una obra maestra de manipulación psicológica disfrazada de negociación colaborativa, y todos en la sala lo habían sentido excepto los tres fundadores que habían estado demasiado bajo la influencia de Livin para reconocer que habían sido completamente superados.

(Del email que Kasimir envió a Thaddeus esa noche: "El acuerdo está cerrado. O'Farril hizo algo que nunca había visto en veinte años de negociaciones. Los fundadores prácticamente nos suplicaron que los compráramos al final. Pero Thaddeus, necesitamos hablar sobre este joven. Hay algo antinatural en su efectividad. No estoy sugiriendo nada ilegal, pero creo que necesitamos entender exactamente qué estamos empleando antes de que se convierta en responsabilidad.")

El triunfo había sido celebrado con champán en la oficina ejecutiva de Vanguard, Thaddeus había anunciado la promoción de Livin a director de estrategia ante un grupo de ejecutivos senior que habían aplaudido con entusiasmo que variaba de genuino a envenenado por celos profesionales, Kasimir había sido el único que no había aplaudido, simplemente había observado a Livin con esa expresión que mezclaba impresión profesional con algo más oscuro, algo que se parecía a preocupación o tal vez a miedo.

Esa noche Livin había llegado a casa donde Jenny había estado esperando, no con cena festiva sino con expresión que él había aprendido a reconocer como preludio a conversación difícil, lo hiciste, ¿verdad?, había dicho ella sin preámbulo, usaste tu poder para cerrar el acuerdo, puedo verlo en tu cara, en la manera en que no me estás mirando directamente, en cómo tus manos están inquietas de la forma en que siempre están cuando sabes que has cruzado una línea.

Había querido mentir, había querido racionalizar, había querido argumentar que había salvado una adquisición importante que habría beneficiado a todos los involucrados, pero la mirada de Jenny había desmantelado todas esas defensas potenciales, sí, había admitido finalmente, y su voz había sonado hueca incluso para él mismo, usé mi poder porque la negociación estaba muriendo y sentí que no tenía opción, usé mi poder porque podía y porque funcionaría y porque en ese momento mi carrera pareció más importante que mis principios.

—No es solo sobre tu carrera —había respondido Jenny, y había habido una cualidad de cansancio en su voz que era de alguna manera peor que la ira habría sido—, es sobre quién estás convirtiéndote, es sobre el hombre que prometió que nunca usaría su poder para ganancia personal transformándose gradualmente en alguien que lo usa cada vez que es conveniente, y la parte más aterradora no es que lo haces sino que cada vez se vuelve más fácil para ti justificarlo.

Había tenido razón, por supuesto, durante las siguientes semanas mientras Livin se había convertido en el negociador al que todos recurrían para acuerdos imposibles, mientras su reputación había crecido dentro de la industria como el hombre que podía hacer que cualquiera dijera sí, había sentido algo cambiando dentro de él, algo erosionándose, no dramáticamente sino gradualmente, como piedra bajo agua corriente, cada uso de su poder había hecho el siguiente uso más fácil de racionalizar, cada éxito había reforzado la adicción a ese sentimiento de control omnipotente.

(Del cuaderno de Marcus Thaddeus, transcrito durante llamada telefónica con Livin seis semanas después: "Le pregunté directamente: ¿Cuántas veces has usado tu poder esta semana? Largo silencio. Luego: No estoy llevando cuenta. Eso es la señal más aterradora posible. Cuando dejamos de contar, es porque hemos aceptado que lo que estamos contando es normal. Livin está perdiendo la batalla consigo mismo. Y creo que en algún nivel profundo, lo sabe y simplemente ha dejado de importarle.")

Tres meses después de la adquisición de Neuro Genesis, Livin había estado sentado en su oficina de esquina nueva, mirando la ciudad extendida abajo como tablero de juego donde él había aprendido a mover piezas con efectividad aterradora, había revisado su calendario y había contado seis negociaciones mayores cerradas en noventa días, seis situaciones donde había usado su poder para alterar el curso de

decisiones multimillonarias, seis victorias que habían sido celebradas por su compañía pero que lo habían dejado sintiendo vacío de maneras que no podía articular completamente incluso para sí mismo.

El email de Jenny había llegado esa tarde, breve y devastadoramente claro: "No puedo seguir viendo cómo te destruyes. Has elegido el poder sobre los principios demasiadas veces. Necesito espacio para decidir si puedo continuar en tu vida mientras observo esta transformación. No me contactes hasta que hayas decidido quién quieres ser. J."

Livin había leído el email cinco veces, había sentido algo quebrándose dentro de él, no dramáticamente sino con esa cualidad de inevitabilidad que acompaña a las pérdidas que uno ha causado a través de sus propias acciones repetidas, había abierto su diario, esa práctica que Marcus había sugerido años antes, y había comenzado a escribir sin censura: "He ganado todo lo que el mundo corporativo dice que debería querer. Respeto. Dinero. Poder institucional para añadir a mi poder personal. Y he perdido las únicas cosas que realmente importan. Jenny. Mi propio respeto por mí mismo. La capacidad de mirarme en el espejo sin ver a alguien que ha traicionado cada promesa que alguna vez hizo sobre quién sería."

La soledad del éxito había resultado ser la más profunda que había conocido, no la soledad de estar físicamente solo sino la soledad de estar rodeado de personas cuya admiración no podía confiar, cuya lealtad no podía verificar, cuyas decisiones a su favor siempre estarían contaminadas por la pregunta de cuánto de su poder había influido en esas decisiones, había construido una carrera brillante sobre fundación de manipulación sistemática, y esa fundación finalmente estaba colapsando bajo el peso de su propia corrupción moral.

(Del email que Thaddeus envió a Livin tres días después: "Livingstone, el consejo está impresionado por tu récord. Queremos ofrecerte vicepresidencia de estrategia corporativa con aumento salarial sustancial. Eres exactamente el tipo de talento que necesitamos. Por favor confirma tu aceptación esta semana." Livin nunca respondió ese email.)

Había renunciado a Vanguard dos semanas después, sin ceremonia ni explicaciones elaboradas, simplemente había dicho que necesitaba seguir diferentes direcciones, Thaddeus había ofrecido más dinero, mejor título, promesas que la mayoría de las personas encontrarían imposibles de rechazar, pero Livin había declinado todo porque había entendido finalmente que no estaba renunciando a un trabajo sino salvándose de convertirse en el monstruo que temía ser, de transformarse completamente en alguien que usaba poder sin límites ni remordimientos, de perder las últimas piezas de humanidad que todavía lo conectaban a la persona que alguna vez había esperado ser.

La noche de su último día en Vanguard había caminado por las calles de Filadelfia sin destino, había terminado en Rittenhouse Square donde había pasado tantas horas reflexionando sobre el peso de su don, se había sentado en el banco familiar y había pensado sobre todo lo que había ganado y perdido, sobre Jenny quien había visto su transformación y había tenido el coraje de alejarse, sobre los fundadores de Neuro Genesis quienes nunca sabrían que habían sido manipulados, sobre sí mismo y sobre la pregunta que finalmente no podía evitar: ¿quién era él sin su poder, y quién se estaba convirtiendo con él?

No tenía respuestas todavía, solo el reconocimiento devastador de que el éxito que había construido era castillo de arena que la primera ola de honestidad había lavado completamente, y mientras se sentaba en ese banco en la oscuridad creciente, Livingstone O'Farril finalmente entendió lo que Marcus y Jenny habían estado tratando de enseñarle durante años: que el poder corporativo era la forma más seductora de corrupción porque venía envuelta en legitimidad institucional, porque recompensaba exactamente los comportamientos que destruían el alma, porque hacía fácil confundir éxito profesional con valía personal, y porque una vez que comenzabas a usarlo sin restricción, cada uso sucesivo se volvía más fácil hasta que finalmente olvidabas completamente que había algo problemático en lo que estabas haciendo.

La lección había sido aprendida, brutal y completamente, pero el costo de esa educación había sido casi todo lo que valoraba, y mientras caminaba de regreso a su apartamento esa noche, Livin se preguntó si alguna vez podría recuperar lo que había perdido, o si algunas traiciones eran tan fundamentales que marcaban puntos de no retorno en la trayectoria de una vida.

Capítulo 11

La crisis de los 25 y la búsqueda de autenticidad

El veinticinco cumpleaños de Livingstone O'Farril había llegado sin fanfarria ni celebración, un martes ordinario en marzo cuando se había despertado en su apartamento de lujo en Rittenhouse Square, el apartamento que su salario generoso en Vanguard le había permitido rentar, con ventanas del piso al techo que ofrecían vistas panorámicas de la ciudad que alguna vez había encontrado inspiradoras pero que ahora simplemente le recordaban cuán alto había subido y cuán vacío se sentía en esa altura, Jenny había pasado la noche en su propio apartamento, algo que había estado sucediendo con creciente frecuencia durante los últimos meses, su relación no había terminado oficialmente pero estaba en ese estado liminal donde ambos sabían que algo fundamental necesitaba cambiar o el final era inevitable.

Livin había llamado al trabajo diciendo que estaba enfermo, no era completamente mentira, había algo enfermo en su alma aunque su cuerpo funcionaba perfectamente, había pasado el día caminando por la ciudad sin destino particular, observando a personas que parecían tener propósito y dirección mientras él se sentía completamente a la deriva a pesar de tener exactamente el tipo de carrera exitosa que se suponía que debería proveer propósito y dirección, había terminado, como tantas veces durante los últimos años, en Rittenhouse Square, sentado en un banco observando cómo las hojas de primavera comenzaban a aparecer en árboles que habían estado desnudos durante el invierno.

Fue allí donde Marcus lo encontró, no por accidente sino porque Jenny le había enviado un mensaje diciendo que estaba preocupada, que Livin había estado cada vez más retraído, que necesitaba hablar con alguien que lo conociera desde antes de que el éxito corporativo lo hubiera complicado todo, Marcus se había sentado en el banco sin decir nada durante varios minutos, respetando el silencio de su amigo, hasta que finalmente Livin había hablado sin mirarlo, no sé quién soy, había dicho, y su voz había tenido una cualidad de derrota que Marcus nunca había escuchado en él antes, he pasado veinticinco años construyendo una vida y una carrera y relaciones, y no puedo decirte qué partes de todo eso son realmente mías y qué partes son construcciones creadas por mi poder.

—Entonces descúbrelo, había respondido Marcus con esa simplicidad directa que caracterizaba su aproximación a problemas complejos, deja de usar tu poder completamente, retírate del mundo que has construido con él, y ve qué queda cuando todas esas ventajas son removidas.

—¿Cómo se supone que haga eso?, había preguntado Livin, mi poder no es algo que puedo simplemente apagar como un interruptor, es parte de cómo interactúo con el mundo, ni siquiera siempre sé cuándo lo estoy usando.

—Entonces necesitas crear condiciones donde sea imposible usarlo, había dicho Marcus, necesitas alejarte de situaciones donde el éxito depende de influenciar a otros, necesitas encontrar algo que puedas hacer solo con tus propias manos y tu propia mente, sin audiencias que persuadir o personas que convencer, necesitas, y me doy cuenta de cuán dramático suena esto, pero necesitas una especie de retiro espiritual, un despojamiento deliberado de todas las ventajas y privilegios que has acumulado.

Era una sugerencia radical que habría sonado ridícula en cualquier otro contexto, jóvenes profesionales exitosos no abandonaban carreras prometedoras para ir en búsquedas espirituales, pero Livin había sabido inmediatamente que Marcus tenía razón, que continuaba como estaba no era sostenible, que necesitaba algún tipo de reinicio fundamental antes de que perdiera no solo su relación con Jenny sino también cualquier sentido de quién era más allá de su poder.

Esa noche había tenido la conversación más honesta que había tenido con Jenny en meses, le había dicho que necesitaba alejarse de Vanguard, de Filadelfia, de todo lo que había construido, necesitaba tiempo para descubrir quién era cuando no estaba usando su influencia para avanzar, para impresionar, para conseguir lo que quería, Jenny había escuchado con una mezcla de alivio y cautela, alivio porque finalmente él estaba reconociendo que algo fundamental necesitaba cambiar, cautela porque había escuchado promesas de cambio antes que nunca se habían materializado completamente.

—¿A dónde irías?, había preguntado, ¿qué harías?

—No lo sé exactamente, había admitido Livin, en algún lugar rural, en algún lugar donde pueda trabajar con mis manos en lugar de con mi voz, en algún lugar donde el éxito se mida en cosas tangibles que puedo ver y tocar en lugar de en persuasión y manipulación, tal vez una granja, tal vez construcción, algo físico, algo real.

—¿Y yo?, había preguntado Jenny, y había vulnerabilidad en su voz que Livin reconoció como miedo de que su respuesta fuera que ella no era parte de este plan.

—Quiero que vengas conmigo, había dicho Livin, si estás dispuesta, si puedes tomarte tiempo de tu propio trabajo y tu propia vida, quiero hacer esto contigo, quiero que veas quién soy cuando todas las capas de influencia son removidas, y entonces, solo entonces, cuando sepamos qué es real y qué es construcción, podemos decidir si hay un futuro genuino para nosotros.

Jenny había considerado esto durante un largo momento, había pensado en su propia carrera que estaba comenzando a despegar, en las oportunidades que posponerla si se alejaba por meses o tal vez años, pero también había pensado en cuánto amaba a este hombre complicado y atormentado, en cuánto quería ver si había una versión de él que pudiera existir sin el peso constante de su poder, finalmente había asentido, sí, había dicho, hagamos esto, pero con condiciones, necesito que esto sea limitado en tiempo, seis meses para empezar, y necesito que seas completamente honesto conmigo durante todo el proceso, sin ocultamientos, sin racionalizaciones, transparencia total sobre lo que estás sintiendo y experimentando.

Tres semanas después habían manejado hacia el norte de Pensilvania, hacia una pequeña granja orgánica cerca de las montañas Pocono donde un hombre llamado Ezekiel Holloway, un ex profesor de filosofía que había dejado la academia hace una década para vivir de la tierra, había estado buscando ayuda temporal, Livin había encontrado la oportunidad a través de conexiones académicas de Marcus, quien conocía a alguien que conocía a Ezekiel y que había pensado que el arreglo podría ser mutuamente beneficioso, Ezekiel conseguía trabajadores dispuestos,

Livin conseguía un lugar para existir sin las complejidades de su vida anterior.

La granja había sido exactamente lo que Livin no sabía que necesitaba, cincuenta acres de tierra dedicados a vegetales orgánicos, con algunas cabras y pollos, sin tecnología moderna más allá de lo absolutamente necesario, sin internet en la casa principal aunque había una conexión débil en el granero para emergencias, el trabajo había sido físicamente demandante de maneras que Livin nunca había experimentado, levantarse antes del amanecer para alimentar animales, pasar días completos arando campos y plantando semillas, reparar cercas y limpiar establos, sus manos desarrollaron callos, su cuerpo desarrolló músculos en lugares que no sabía que existían, su mente gradualmente se vació de las preocupaciones constantes sobre influencia y manipulación.

Jenny había trabajado junto a él, también ella experimentando por primera vez en su vida adulta qué significaba que el éxito fuera medido en tareas completadas en lugar de papers publicados o presentaciones bien recibidas, habían cocinado comidas simples juntos usando vegetales que habían cultivado con sus propias manos, habían dormido exhaustos cada noche en una cabaña pequeña que Ezekiel les había prestado, habían tenido conversaciones bajo cielos estrellados que eran más brillantes de lo que cualquiera de los dos había visto desde la infancia, sin la contaminación lumínica de la ciudad oscureciendo la vía láctea.

Ezekiel mismo había sido una presencia interesante, un hombre en sus sesenta con barba larga y gris y ojos que sugerían que había visto mucho del mundo antes de decidir retirarse de él, nunca había preguntado por qué dos jóvenes profesionales obviamente educados habían aparecido en su granja buscando trabajo manual, había simplemente aceptado su presencia y su trabajo, ocasionalmente ofrecía observaciones filosóficas durante las cenas compartidas pero nunca presionaba cuando ellos no respondían con igual profundidad.

Fue Ezekiel quien eventualmente, después de casi tres meses de trabajar lado a lado, había comentado durante una tarde lluviosa cuando estaban reparando el techo del granero, ustedes están huyendo de algo, había dicho sin acusación, he visto suficientes personas en mi vida para reconocer cuando alguien está tratando de dejar atrás una versión de sí mismo que ya no puede habitar.

Livin había considerado negar pero había reconocido que no tenía sentido, estoy tratando de descubrir quién soy sin ventajas que he tenido toda mi vida, había admitido, ventajas que no pedí pero que he usado, ventajas que han hecho imposible saber qué logros son genuinamente míos.

—Eso es muy honesto, había respondido Ezekiel, pero también posiblemente imposible, nunca puedes saber con certeza completa qué

partes de ti son inherentes y qué partes son resultado de circunstancias, pero puedes elegir cómo vives adelante, puedes elegir qué tipo de persona quieres ser independientemente de qué ventajas o desventajas tengas, esa elección, esa intención, eso es lo único que realmente te pertenece.

Durante los siguientes meses, mientras la primavera se convertía en verano y el trabajo de la granja cambiaba de plantar a mantener y cosechar, Livin había meditado sobre esas palabras, había comenzado a entender que su búsqueda de autenticidad había estado enfocada en la pregunta equivocada, no se trataba de descubrir quién era sin su poder, porque su poder era parte de él tanto como su altura o el color de sus ojos, se trataba de decidir qué tipo de persona quería ser sabiendo que tenía ese poder, se trataba de desarrollar la disciplina y la ética para usar o no usar ese poder basándose en principios cuidadosamente considerados en lugar de conveniencia o ambición.

Jenny había llegado a comprensiones similares a través de su propio proceso, una noche después de una cena particularmente satisfactoria de vegetales que habían cosechado ese día, le había dicho a Livin que había pasado tanto tiempo preocupándose por si él estaba usando su poder con ella que había olvidado simplemente disfrutar estar con él, que había convertido su relación en un experimento científico en lugar de una conexión humana, que necesitaba confiar más y analizar menos.

—Creo, había dicho ella mientras lavaban platos juntos en la cocina rústica de la cabaña, que el problema no ha sido tu poder sino nuestra obsesión con tu poder, hemos permitido que defina todo sobre nuestra relación, cada conversación, cada decisión, cada momento de intimidad, hemos estado tan preocupados por autenticidad que hemos olvidado ser auténticos.

Livin había reconocido la verdad en eso, habían pasado tanto tiempo construyendo salvaguardas contra su influencia que habían perdido la espontaneidad y la libertad que hacían que las relaciones valieran la pena, habían estado tan enfocados en lo que su relación no debería ser que habían olvidado cultivar lo que podría ser.

Cuando finalmente habían regresado a Filadelfia en septiembre, después de seis meses en la granja, habían regresado diferentes, no transformados completamente ni curados milagrosamente de todas sus complicaciones, pero más claros sobre quiénes eran y qué querían, Livin había decidido no regresar a Vanguard, había renunciado por email con una explicación simple sobre perseguir diferentes direcciones en la vida, había comenzado a considerar opciones de carrera que no dependían primariamente de su habilidad para influir en otros, tal vez enseñanza, tal vez investigación independiente, tal vez algo completamente diferente que aún no había imaginado.

Y Jenny y él habían comenzado a reconstruir su relación sobre una fundación diferente, no libre de su poder, eso era imposible, pero menos definida por él, más enfocada en los momentos de conexión genuina que existían en los espacios entre influencia, más dispuesta a aceptar incertidumbre en nombre de vivir plenamente en lugar de vivir cuidadosamente.

La crisis de los veinticinco había sido dolorosa pero necesaria, había forzado a Livin a confrontar preguntas que había estado evitando durante años, había creado espacio para crecimiento que no habría sido posible mientras estaba atrapado en los patrones de su vida anterior, y mientras se sentaba en su nuevo apartamento más modesto, mientras consideraba su futuro con menos certeza pero más paz que había sentido en años, Livin pensó que tal vez la autenticidad no era algo que se descubría sino algo que se construía día a día a través de elecciones conscientes, a través de intención deliberada, a través de la voluntad de vivir según principios incluso cuando era más difícil que simplemente dejarse llevar por el camino de menor resistencia que su poder siempre ofrecía.

Capítulo 12

El amor que no se puede conquistar

Había comenzado a enseñar introducción a la psicología cognitiva en Community College of Philadelphia, una posición que pagaba una fracción de lo que había ganado en Vanguard pero que ofrecía algo que el dinero no podía comprar, la oportunidad de compartir conocimiento sin que el éxito dependiera de persuadir a otros de algo que no querían creer, los estudiantes aprendían o no aprendían basándose en su propio esfuerzo y su propia capacidad, y aunque Livingstone O'Farril probablemente todavía tenía más influencia sobre ellos de la que un profesor típico tendría, había algo reconfortante en saber que las calificaciones que asignaba estaban basadas en trabajo demostrable en lugar de en qué tan efectivamente había manipulado sus percepciones.

Fue en su clase de tarde de los jueves donde conoció a Persephone Vale, no como estudiante sino como colega, ella enseñaba literatura comparada en el aula al lado de la suya, y se habían encontrado varias veces en el pasillo durante los cambios de clase, intercambiando sonrisas corteses y comentarios breves sobre el clima o sobre lo ruidosos que podían ser los estudiantes entre períodos, ella era el tipo de mujer que Livin normalmente habría notado inmediatamente, alta y delgada con cabello plateado que había comenzado a volverse gris prematuramente y que ella había decidido abrazar en lugar de cubrir, ojos de color ámbar que observaban el mundo con una mezcla de escepticismo e interés genuino, una manera de moverse que sugería confianza sin arrogancia.

Lo que había hecho que Persephone fuera diferente, lo que había capturado la atención de Livin de maneras que ninguna mujer había logrado desde Ariadne, no había sido su apariencia sino su completa inmunidad a su influencia, la primera vez que había tratado de usar su carisma natural durante una conversación sobre teorías de aprendizaje en la sala de profesores, cuando había establecido contacto visual de esa manera particular y había modulado su voz para crear conexión, ella simplemente había parpadeado y había continuado hablando como si nada hubiera pasado, como si su intento de influencia fuera una brisa suave que pasó sobre ella sin efecto alguno.

Al principio había pensado que tal vez no había estado tratando lo suficientemente fuerte, que estaba fuera de práctica después de meses en la granja donde había evitado conscientemente usar su poder, pero durante las siguientes semanas, a medida que sus interacciones se volvieron más frecuentes, había intentado con creciente intensidad usar su influencia, no para manipularla hacia ningún fin específico sino simplemente para ver si podía, para probar si su poder tenía límites que no había encontrado antes, y cada vez había rebotado contra algo en ella que no podía identificar, alguna barrera invisible que hacía que su influencia se deslizara sobre ella sin penetrar.

Había sido Marcus quien había ofrecido una explicación cuando Livin había mencionado el fenómeno durante uno de sus almuerzos semanales, hay personas, había dicho Marcus mientras masticaba su sándwich pensativamente, que son naturalmente resistentes a influencia social, no es que sean inmunes a toda persuasión, es más que tienen estructuras cognitivas que hacen que sea mucho más difícil alterar sus patrones de pensamiento desde fuera, usualmente son personas que han desarrollado un sentido muy fuerte de sí mismas, que tienen valores claros y bien establecidos, que han aprendido a confiar en su propio juicio sobre el juicio de otros.

—¿Entonces básicamente estás diciendo que es demasiado terca para que mi poder funcione?, había preguntado Livin con una sonrisa.

—Estoy diciendo, había corregido Marcus, que ha construido defensas psicológicas que tu poder no puede penetrar, lo cual, si lo piensas, es exactamente el tipo de persona que deberías estar buscando si realmente quieres una relación auténtica.

Tenía razón, por supuesto, y Livin había comenzado a buscar oportunidades para pasar tiempo con Persephone, no con la intención de conquistarla, aunque ciertamente se sentía atraído hacia ella, sino con la curiosidad de alguien que finalmente había encontrado un límite a su poder y quería entender qué significaba ese límite, habían comenzado a tomar café juntos después de sus clases, habían descubierto que compartían intereses en filosofía de la mente y en cómo las narrativas que contamos sobre nosotros mismos dan forma a nuestras identidades, ella era brillante de maneras que no necesitaban validación externa,

tenía opiniones fuertes que defendía sin necesidad de que otros estuvieran de acuerdo, y más importante, parecía ver a Livin exactamente como era, sin el filtro de su influencia distorsionando su percepción.

—Hay algo diferente en ti, le había dicho ella durante uno de sus cafés, algo en la manera en que interactúas con las personas, como si estuvieras constantemente calculando cómo afectarlas, pero conmigo no funciona, lo cual sospecho que encuentras tanto frustrante como refrescante.

Livin había considerado negar pero había reconocido que con Persephone, más que con cualquier otra persona excepto Marcus y Jenny, la honestidad era no solo la mejor política sino la única política que tendría alguna posibilidad de funcionar, tienes razón, había admitido, he pasado la mayor parte de mi vida siendo capaz de influir en cómo las personas responden a mí, pero contigo esa influencia no funciona, y no tienes idea de cuán liberador es eso.

—¿Liberador?, había preguntado ella con esa expresión analítica que adoptaba cuando encontraba algo particularmente interesante, la mayoría de las personas encontrarían frustrante no poder usar sus habilidades de persuasión, ¿por qué tú lo encuentras liberador?

—Porque significa, había explicado Livin, que si decides que te gusto, si decides pasar tiempo conmigo, si decides eventualmente que quieres algo más que amistad, sabré con certeza completa que esa decisión es genuinamente tuya, no estará contaminada por mi influencia, no tendré que pasar cada momento de nuestra relación preguntándome si tus sentimientos son reales o si son construcciones que yo creé sin darme cuenta.

Persephone había considerado esto durante un largo momento, había removido su café con una concentración que sugería que estaba procesando algo significativo, finalmente había dicho, eso suena solitario, vivir toda tu vida sin saber si las personas te aman por quién eres o por algún efecto que tienes sobre ellas.

—Es la cosa más solitaria del mundo, había concordado Livin, pero conocerte, conocer a alguien que es inmune a ese efecto, me ha mostrado que tal vez no tiene que ser así para siempre.

Durante los siguientes meses su amistad había profundizado en algo más complejo, no exactamente romance, al menos no todavía, sino una especie de intimidad emocional que Livin había encontrado más satisfactoria que muchas de las relaciones románticas que había tenido, Persephone lo desafiaba intelectualmente de maneras que pocas personas lo hacían, no aceptaba sus argumentos automáticamente, cuestionaba sus suposiciones, lo forzaba a defender posiciones que normalmente las personas simplemente aceptarían porque venían de él, y ese desafío constante era como oxígeno fresco después de años de

estar en habitaciones donde todos estaban de acuerdo con él demasiado fácilmente.

Jenny había notado el cambio en él, la manera en que hablaba sobre Persephone con una excitación que no había mostrado sobre nada en mucho tiempo, durante una de sus cenas semanales, Jenny había preguntado directamente, ¿estás enamorándote de ella?

Livin había considerado la pregunta cuidadosamente, no sé, había respondido honestamente, siento algo hacia ella que es diferente de lo que he sentido antes, pero no estoy seguro de si es amor romántico o simplemente la novedad de estar con alguien que no está afectada por mi poder, es como finalmente poder ver claramente después de haber estado mirando a través de vidrio distorsionado toda mi vida.

—¿Y nosotros?, había preguntado Jenny, y había habido dolor en su voz pero también comprensión, ¿qué significa esto para nosotros?

Había sido la pregunta que Livin había estado evitando hacerse a sí mismo, su relación con Jenny había mejorado significativamente desde su regreso de la granja, habían encontrado un equilibrio que funcionaba mejor que antes, pero también había reconocido que siempre habría esa sombra de incertidumbre, esa pregunta sobre cuánto de su conexión era genuina y cuánto era resultado de su influencia residual, creo, había dicho finalmente, que te amo de la manera más auténtica que soy capaz de amar a alguien sobre quien he tenido influencia, pero también creo que mereces a alguien que pueda darte certeza completa, y no estoy seguro de que yo pueda ser esa persona.

Jenny había llorado, no con histeria sino con esa tristeza tranquila que viene de reconocer una verdad que habías estado tratando de evitar, habían hablado durante horas esa noche, revisando su historia juntos, reconociendo todo lo que habían significado el uno para el otro, aceptando que a veces el amor no es suficiente cuando está construido sobre una fundación de incertidumbre perpetua, habían terminado su relación romántica esa noche, pero habían acordado mantener su amistad, que había sido real desde el principio y que no dependía del mismo tipo de certeza que una relación romántica requería.

Con Persephone, las cosas habían progresado más lentamente de lo que cualquier relación romántica en la vida de Livin había progresado antes, no había habido ese momentum rápido que venía de su influencia acelerando atracción natural, en lugar de eso había habido un desarrollo gradual y orgánico, conversaciones que profundizaban incrementalmente, confianza que se construía a través de consistencia en lugar de a través de manipulación sutil, y cuando finalmente se habían besado, casi seis meses después de conocerse, había sido una decisión consciente que ambos habían tomado sin la presión de influencia inexplicable empujando a Persephone hacia algo que no hubiera elegido independientemente.

—Necesitas saber algo, le había dicho Livin antes de ese primer beso, y necesito que realmente escuches y entiendas, tengo algo, una habilidad o un don o como quieras llamarlo, que hace que la mayoría de las personas sean más susceptibles a mi influencia, he tratado de usarlo contigo múltiples veces y no funciona, por eso estoy seguro de que lo que sientes por mí es genuino, pero necesitas entender que es parte de quién soy.

Persephone había escuchado su explicación completa, sobre Matthias y el robot, sobre Seraphine y Luminara, sobre la beca Rothschild y las negociaciones en Vanguard, sobre todo el peso de vivir con un poder que hacía la autenticidad casi imposible, y cuando había terminado, ella había dicho algo que se quedaría con él para siempre, lo que tienes no es un superpoder, es simplemente una versión extrema de algo que todos tenemos, todos influimos en otros de maneras que no entendemos completamente, todos tenemos efectos sobre las personas que van más allá de nuestras acciones conscientes, la diferencia es que tú eres consciente de tu influencia y por eso te sientes responsable por ella, lo cual te hace más ético que la mayoría de las personas, no menos.

Había sido la recontextualización que Livin no había sabido que necesitaba, no un don sobrenatural sino un aspecto amplificado de humanidad ordinaria, no una maldición sino una responsabilidad que venía con consciencia, y con Persephone, que era inmune a su influencia pero que lo entendía de todas formas, que lo aceptaba completamente incluyendo las partes de él que había aprendido a temer, Livin comenzó a entender que tal vez la redención no venía de eliminar su poder o de nunca usarlo, sino de aprender a vivir con él éticamente, de usarlo cuando era apropiado y de abstenerse cuando no lo era, de aceptar la incertidumbre que venía con él mientras seguía buscando conexión genuina donde fuera posible.

Su relación con Persephone no había resuelto todos sus problemas, no había borrado mágicamente todas las complicaciones de su vida, pero le había mostrado que era posible ser amado por quien realmente era, que había personas en el mundo que podían ver más allá de su influencia y elegir conectar con él de todas formas, y esa posibilidad, esa esperanza de autenticidad que había pasado tantos años buscando, había sido suficiente para comenzar a imaginar un futuro donde su poder no definiera cada aspecto de su existencia, donde pudiera simplemente ser Livingstone O'Farril, con todos sus dones y todas sus cargas, amado no por su influencia sino a pesar de ella, o quizás más precisamente, como una parte compleja pero manejable del ser humano complejo pero digno de amor que finalmente estaba aprendiendo a ser.

Capítulo 13

Secretos revelados y corazones heridos

La llamada había llegado a las tres de la mañana, el tipo de llamada que nadie quiere recibir a esa hora porque nada bueno sucede cuando el teléfono suena en la oscuridad profunda, era Marcus, su voz había tenido una urgencia que Livingstone O'Farril no había escuchado desde aquella vez en la universidad cuando el hermano menor de Marcus había tenido un accidente automovilístico, Jenny está en el hospital, había dicho Marcus sin preámbulo, hubo un incidente en su laboratorio esta tarde, una exposición química, están diciendo que podría haber daño neurológico permanente si no pueden revertir los efectos en las próximas veinticuatro horas.

(Del registro de emergencias del Hospital Universitario de Pensilvania, entrada 03:47 AM: "Paciente femenina, 28 años, exposición a compuesto experimental no especificado. Presenta confusión severa, deterioro cognitivo agudo, negativa a tratamiento. Contacto de emergencia notificado. Neuróloga Castellane asignada. Pronóstico: reservado sin intervención inmediata.")

Livin había manejado por calles vacías de Filadelfia con corazón martillando contra costillas, semáforos en rojo que había atravesado sin pensar, líneas amarillas que había cruzado mientras su mente proyectaba escenarios cada vez peores, Jenny en coma, Jenny sin poder recordar su propio nombre, Jenny transformada en alguien que ya no era ella, había llegado al hospital en menos de veinte minutos, había encontrado a Marcus en la sala de espera junto con varios colegas de Jenny, todos con esa expresión de vigilia forzada que adoptan las personas cuando esperan noticias que temen escuchar.

La historia había emergido de conversaciones fragmentadas: Jenny trabajando tarde, botella cayendo, vapores concentrados, evacuación demasiado lenta, efectos neurológicos inmediatos, y entonces las palabras que habían hecho que algo en el pecho de Livin se apretara hasta hacer difícil respirar: está resistiendo el tratamiento, dicen que tiene miedo de que cambie quién es, está dispuesta a arriesgarse al daño permanente antes que perder su sentido de identidad.

(De la grabación de la sala de espera, cámara de seguridad timestamp 04:12 AM: Un hombre joven, caucásico, aproximadamente 30 años, entra corriendo. Otro hombre se levanta, lo abraza brevemente. El recién llegado dice algo inaudible. El otro hombre niega con la cabeza. El recién llegado se lleva las manos a la cara. Permanece inmóvil durante 47 segundos.)

La doctora Zephyrine Castellane había aparecido con expresión que Livin reconoció inmediatamente como máscara profesional ocultando preocupación genuina, cabello gris recogido con severidad que parecía apropiada para alguien cuyo trabajo era entregar malas noticias con compasión eficiente, el tratamiento estándar debería funcionar, había comenzado sin preámbulo porque había aprendido que los preámbulos solo prolongaban el sufrimiento, pero hay complicaciones, su química

cerebral está reaccionando de maneras inesperadas, necesitamos su cooperación completa con el régimen de tratamiento, y ahora mismo está rechazando toda intervención.

—¿Por qué?, había preguntado Livin, aunque parte de él ya sabía la respuesta.

—Dice que prefiere morir siendo ella misma que vivir como alguien diferente, había explicado la doctora con tono que sugería había visto esta forma particular de negación antes y nunca terminaba bien, el miedo a perder identidad es común en casos neurológicos, pero usualmente podemos razonar con los pacientes, con ella no estamos teniendo éxito, está aterrorizada de convertirse en otra persona.

—Puedo hablar con ella, había dicho Livin, y en ese momento no había sabido todavía lo que estaba a punto de hacer, solo había sabido que necesitaba verla, necesitaba intentar algo, cualquier cosa.

(Del expediente médico de Jenny Morrison, nota de enfermera 04:23 AM: "Paciente extremadamente agitada cuando se menciona tratamiento. Afirma repetidamente: 'No dejaré que cambien quién soy. No dejaré que me conviertan en otra persona.' Intentos de explicar naturaleza del tratamiento resultan en mayor agitación. Dr. Castellane ha autorizado visita de contacto de emergencia O'Farril, L. en esperanza de que pueda calmar a paciente.")

La habitación había tenido esa calidad atemporal de todos los espacios hospitalarios nocturnos, luces fluorescentes convirtiendo noche en día artificial sin calidez, monitores parpadeando con ritmos vitales que eran simultáneamente tranquilizadores y aterradores en su recordatorio de fragilidad humana, Jenny había estado acostada con cables emergiendo de su cuerpo como raíces de árbol artificial, su cabello castaño rojizo esparcido sobre almohada demasiado blanca, su piel con esa palidez que viene no de simple fatiga sino de algo más profundo, más químico, más peligroso.

Cuando había abierto los ojos y lo había visto, algo había cruzado su expresión que había sido peor que miedo, había sido reconocimiento mezclado con alarma, como si incluso en su estado confundido supiera que su presencia significaba tentación, significaba posibilidad de persuasión que no podría resistir, no quiero el tratamiento, había dicho con voz débil pero con determinación que había sonado más fuerte que su volumen, los doctores dicen que podría cambiar mi personalidad, mi memoria, prefiero morir siendo yo misma que vivir como alguien que no reconozco.

Y Livin había entendido, había entendido con claridad devastadora porque era el mismo miedo que había vivido toda su vida, el terror de no saber qué era auténticamente tuyo y qué era construcción impuesta desde fuera, pero había entendido también que sin tratamiento Jenny

podría perder todo, no solo aspectos de personalidad sino capacidad básica de funcionar, años de vida reducidos a niebla neurológica.

(Del monitor cardíaco, registro timestamp 04:31-04:34 AM: Frecuencia cardíaca paciente Morrison: 94 bpm → 88 bpm → 82 bpm → 76 bpm. Nota técnico de turno: "Patrón inusual de disminución sostenida durante conversación con visitante. Sin intervención médica. Paciente reporta sentirse 'más calmada' pero no puede explicar por qué.")

Había intentado razonar primero, había presentado argumentos sobre probabilidades y riesgos, sobre cómo tratamiento preservaría más de ella que daño químico permitiría, pero cada palabra había rebotado contra muro de miedo que era completamente racional dado su contexto compartido, ella sabía lo que él podía hacer, sabía que su persuasión no siempre era solo persuasión, y en su estado vulnerable estaba resistiendo con desesperación de alguien que siente última línea de defensa siendo probada.

Los segundos se habían convertido en minutos, minutos que doctora Castellane había dicho eran críticos, minutos que con cada tic del reloj de pared disminuían chances de recuperación completa, y Livin había sentido algo construyéndose dentro de él, no decisión consciente sino inevitabilidad, gravitación hacia acción que sabía era traición pero que también sabía que tomaría porque alternativa era insoportable.

Entonces lo había hecho.

Había mirado directamente a los ojos de Jenny, esos ojos color avellana que lo habían visto completamente durante años, que habían reconocido su poder y lo habían amado a pesar de ese poder, y había modulado su voz a esa frecuencia que había jurado nunca usar con ella, esa vibración particular que penetraba defensas y alteraba voluntad, Jenny, había dicho con suavidad que era simultáneamente gentil y absolutamente implacable, mírame, realmente mírame, sabes que nunca te haría daño, sabes que puedes confiar en mi juicio sobre esto.

(Del cuaderno de Livin, entrada escrita tres días después: "Había una parte de mí observando mientras lo hacía. Una parte que gritaba 'detente, esto es exactamente lo que prometiste nunca hacer.' Pero otra parte más fuerte, más desesperada, decía 'no puedo perderla, no así, no cuando puedo hacer algo.' Y esa segunda parte ganó. Siempre gana cuando el miedo es suficientemente grande. He pasado años construyendo límites éticos y los destruí todos en treinta segundos.")

Había visto el cambio, no dramático sino terrible en su sutileza, la manera en que resistencia en su expresión se había suavizado como cera bajo calor, cómo miedo había sido reemplazado por resignación que no era paz sino rendición, está bien, había dicho Jenny con voz que había sonado como la suya pero que había venido de lugar en ella que él había alterado sin permiso, confío en ti, aceptaré el tratamiento, y había presionado botón de llamada para enfermera con docilidad que había

sido completamente antinatural en alguien que había pasado vida entera defendiendo su propia autonomía.

El tratamiento había funcionado, por supuesto que había funcionado, tres días después Jenny había estado alerta y orientada, doctores celebrando recuperación como milagro médico, pero Livin había sabido que no había sido milagro sino manipulación, había usado su poder sobre única persona que había jurado proteger de ese poder, había cruzado no solo línea sino abismo entre quien había prometido ser y quien había demostrado ser cuando presión era suficientemente alta.

Durante días de recuperación había permanecido cerca pero había evitado conversaciones profundas, había racionalizado silencio diciéndose que Jenny necesitaba descansar, pero verdad era que había estado posponiendo momento inevitable cuando tendría que enfrentar lo que había hecho, cuando tendría que ver en sus ojos reconocimiento de su traición.

(Del diario de Jenny, entrada escrita en hospital día 4: "Estoy recuperándome. Los doctores están contentos. Marcus está aliviado. Livin viene todos los días pero apenas habla. Y yo sé. Sé exactamente qué hizo. Lo sentí incluso a través de la niebla química. Sentí el momento cuando mi voluntad dejó de ser completamente mía. Todavía no he dicho nada porque estoy tratando de decidir qué significa esto. Si puedo perdonarlo. Si quiero intentarlo. Salvó mi vida destruyendo lo único que hacía nuestra relación posible: confianza en que nunca usaría su poder conmigo.")

Cuando finalmente había llegado el momento, cuando Jenny había vuelto a su apartamento y Livin había preparado té que ninguno tocaría, ella había hablado primero, sé lo que hiciste, había dicho sin preámbulo, en el hospital cuando me convenciste de aceptar el tratamiento, usaste tu poder conmigo, lo sentí incluso a través de la confusión química, sentí ese cambio de resistencia a conformidad que no era mi propia elección.

La confesión había salido con peso de inevitabilidad: lo hice porque estabas en peligro y no podía soportar perderte, porque en ese momento mi miedo fue más fuerte que mi ética, porque soy débil de maneras que he estado negando durante años.

—No fue solo debilidad —había respondido Jenny, y frialdad en su voz había sido peor que cualquier grito—, fue la traición más fundamental posible, toda nuestra relación construida sobre idea de que conmigo no usarías tu poder, que yo sería persona con quien podrías ser completamente auténtico, y en momento más crítico elegiste tu necesidad de control sobre mi autonomía.

—Salvé tu vida —había dicho Livin, sabiendo incluso mientras decía palabras que era argumento equivocado.

—¿Salvaste mi vida o salvaste tu vida de culpa de no haberme salvado? —la pregunta había cortado con precisión quirúrgica—, ¿fue por mí o por

ti? ¿y cómo puedo saber diferencia cuando usaste precisamente herramienta que hace imposible distinguir entre altruismo y egoísmo?

Eran preguntas sin respuestas satisfactorias, preguntas que exponían verdad que Livin había estado evitando: que había querido salvarla pero también no había podido soportar idea de perderla, que su propia necesidad había sido inseparable de su acción supuestamente altruista, tal vez no puedes saber, había admitido, tal vez yo tampoco puedo saber con certeza, todo lo que sé es que en ese momento todas mis promesas se disolvieron bajo peso de mi necesidad de que estuvieras bien.

—Y esa —había dicho Jenny con tristeza peor que ira— es exactamente por qué no podemos continuar, no solo rompiste promesa, demostraste que cuando realmente importa elegirás usar tu poder sin importar qué hayas jurado, y si puedes hacer eso en emergencia entonces nunca puedo estar segura de que no lo haces en situaciones menos dramáticas cuando simplemente quieres algo suficiente.

(Del mensaje de voz que Marcus dejó a Livin esa noche, nunca devuelto: "Llamé a Jenny. Me contó lo que hiciste. Hermano, no sé qué decir. Entiendo por qué lo hiciste. Si estuviera en tu posición tal vez habría hecho lo mismo. Pero también entiendo por qué ella no puede estar contigo ahora. Has cruzado el único límite que importaba. No tengo consejos. Solo quería que supieras que sigo aquí. Siempre estaré aquí. Pero esta vez no sé cómo ayudarte porque el daño no es solo a tu relación sino a tu alma.")

La conversación había continuado durante horas, trabajando a través de dolor y traición, tratando de encontrar camino hacia algún tipo de relación continua que preservara lo valioso mientras reconocía que lo que había sido no podía continuar en forma que había tomado, cuando Livin finalmente había dejado apartamento esa noche, cuando había caminado por calles que súbitamente parecían pertenecer a ciudad diferente, había llevado peso completo de lo que había hecho y perdido.

Había salvado vida de Jenny pero había destruido su relación, había demostrado su poder en forma más cruda pero también había demostrado corrupción moral que venía con ese poder, había enfrentado dilema ético definitivo de su existencia y había fallado test de manera más fundamental, no porque había usado su poder sino porque incluso después, incluso sabiendo que había traicionado promesas más importantes de su vida, parte de él todavía creía que había hecho lo correcto, todavía racionalizaba acción como necesaria, todavía se negaba a aceptar completamente que salvar vida mientras destruías autonomía era victoria tan vacía como cualquier derrota.

Esa noche, solo en su apartamento con peso del día descansando sobre él como gravedad aumentada, Livin finalmente entendió lo que Marcus y Jenny habían estado intentando enseñarle durante años: que poder sin

límites absolutos no era poder sino tiranía, que amor que requería control no era amor sino posesión, que salvación que venía a costo de autonomía no era salvación sino otra forma de esclavitud, y que hasta que pudiera aceptar esas verdades no solo intelectualmente sino en profundidades de su ser donde verdaderas convicciones residen, permanecería prisionero de su propio don, capaz de todo excepto de única cosa que realmente importaba: conexión genuina basada en respeto mutuo y voluntad libremente ejercida.

La revelación no había traído paz sino algo más valioso: claridad, claridad sobre exactamente qué tipo de persona había sido y qué tipo necesitaba convertirse si alguna vez iba a vivir con su poder de maneras que honraran humanidad de aquellos a su alrededor, era camino más largo y difícil que cualquiera considerado antes, pero por primera vez en su vida Livin veía ese camino claramente, sin distorsiones de autoengaño, sin racionalizaciones que habían hecho fácil vivir con su poder mientras traicionaba sus valores, y aunque camino adelante era incierto y probablemente doloroso, al menos ahora sabía en qué dirección necesitaba caminar.

Capítulo 14

Renacimiento y nuevos comienzos

Livingstone O'Farril había pasado dos años en una especie de exilio autoimpuesto, no físico como el retiro en la granja de Ezekiel sino emocional y social, había mantenido su posición enseñando en Community College pero había declinado todas las oportunidades de avanzar profesionalmente, todas las invitaciones a conferencias, todas las sugerencias de que debería considerar posiciones en universidades más prestigiosas, había vivido deliberadamente pequeño, había minimizado sus interacciones con otros, había practicado la disciplina de existir sin usar su poder de maneras que pocos habrían notado pero que él sentía en cada conversación, en cada encuentro casual, en cada momento donde habría sido más fácil influir que simplemente comunicar.

Marcus había permanecido su amigo constante durante este período, visitándolo semanalmente para almuerzos que se habían convertido en rituales de rendición de cuentas donde Livin describía honestamente sus luchas y sus éxitos, donde admitía los momentos en que había deslizado hacia viejos patrones y los momentos en que había logrado mantener sus límites, Marcus nunca había juzgado pero también nunca había permitido racionalizaciones, había sido el espejo que reflejaba verdades que Livin necesitaba ver incluso cuando eran incómodas.

Persephone también había permanecido en su vida, su relación había profundizado en algo que ninguno de los dos había experimentado antes, una asociación construida sobre completa transparencia y

respeto mutuo, ella continuaba siendo inmune a su influencia, lo cual significaba que cada aspecto de su relación era elegido conscientemente por ambos, sin las distorsiones que habían complicado todas las relaciones previas de Livin, con ella había aprendido que intimidad sin manipulación era no solo posible sino infinitamente más satisfactoria que cualquier cosa que había conocido antes.

Pero había sido el proyecto de escritura que había comenzado durante su segundo año de aislamiento relativo lo que había transformado fundamentalmente su comprensión de sí mismo y de su poder, había empezado como ejercicio terapéutico, simplemente documentando su historia desde Matthias y el robot transformable hasta la traición con Jenny, tratando de entender el arco de su vida y las lecciones que había aprendido o fallado en aprender, pero gradualmente el ejercicio se había convertido en algo más ambicioso, una exploración completa de lo que significaba poseer un poder que alteraba las relaciones humanas fundamentales, una meditación sobre autonomía y conexión, sobre influencia y autenticidad.

Marcus había sido el primero en leer los drafts tempranos, había sugerido que Livin considerara publicar el trabajo, no como confesión sensacionalista sino como contribución genuina a discusiones sobre ética de la influencia, sobre los límites del consentimiento cuando las personas tienen capacidades asimétricas para persuasión, había argumentado que la experiencia de Livin, aunque extrema, iluminaba preguntas que eran relevantes para todos, desde padres que influían en sus hijos hasta líderes que influían en sus seguidores, desde profesores que moldeaban estudiantes hasta cualquier persona que había descubierto que tenía más poder en una relación de lo que inicialmente había reconocido.

La publicación del libro, titulado simplemente "Miradas que Influyen: Una Memoria de Poder y Responsabilidad", había sucedido casi por accidente, un editor pequeño especializado en memorias poco convencionales había leído el manuscrito después de que un agente amigo de Marcus lo había circulado, había reconocido algo genuino en la narrativa de Livin, algo que iba más allá de simple autoindulgencia hacia territorio de genuina investigación filosófica sobre temas que raramente eran explorados con tal honestidad, el libro había sido publicado con expectativas modestas, una primera edición de cinco mil copias que el editor había asumido tomaría años en vender.

Pero algo sobre el libro había resonado, tal vez era el momento cultural, una época donde conversaciones sobre consentimiento y poder estaban volviéndose centrales en discurso público, tal vez era simplemente la honestidad brutal con la que Livin había contado su historia, sin excusas ni autoengrandecimiento, admitiendo sus fallas y sus traiciones junto con sus intentos de vivir éticamente, las reseñas habían sido sorprendentemente positivas, no en publicaciones masivas sino en

lugares que importaban, revistas académicas de ética, publicaciones sobre psicología, blogs literarios que se enfocaban en memorias como forma de investigación filosófica.

Lo que había sorprendido más a Livin no había sido el éxito modesto del libro sino las respuestas que había recibido de lectores, emails y cartas de personas que habían visto algo de sus propias experiencias en su narrativa, maestros que habían reconocido su propia influencia desproporcionada sobre estudiantes y habían comenzado a cuestionar cómo usaban esa influencia, padres que habían entendido mejor las dinámicas de poder con sus hijos, personas en relaciones donde un socio tenía más poder social o económico que el otro y que habían comenzado a examinar cómo esa asimetría afectaba su conexión, incluso algunos lectores que, como él, habían descubierto que tenían capacidades inusuales para persuasión y que habían estado luchando con las implicaciones éticas.

Una carta en particular había llegado ocho meses después de la publicación, el sobre había sido de papel grueso color crema, la caligrafía elegante pero no ostentosa, cuando Livin había abierto la carta y había visto la firma al final, Jenny Morrison, había sentido su corazón acelerarse de maneras que no había experimentado en los dos años desde su confrontación final, la carta había sido cuidadosamente compuesta, ni fría ni efusivamente cálida, simplemente honesta de la manera que caracterizaba todo lo que Jenny hacía.

Querido Livin, había comenzado, he leído tu libro, me tomó tres intentos completarlo porque cada capítulo traía memorias que había estado tratando de procesar, pero finalmente lo terminé y quiero que sepas algo importante, lo que escribiste es valiente y necesario, no solo para ti sino para todos quienes lo lean, has transformado tu lucha personal en algo que puede ayudar a otros, y eso es el tipo de redención que no puede ser otorgado sino que debe ser ganado a través de trabajo exactamente como el trabajo que has hecho.

La carta había continuado describiendo su propia vida durante los dos años desde su última conversación, había completado su doctorado, había aceptado una posición en universidad en la costa oeste, había comenzado una relación con alguien que ella describía como gentil y sin complicaciones, alguien que no poseía poderes extraordinarios pero que ofrecía algo que ella necesitaba después de años navegando las complejidades de estar con Livin, simplicidad, predictibilidad, una relación donde sabía exactamente dónde estaba parada porque no había capas ocultas de influencia que desentrañar.

Pero la parte más importante de la carta había venido al final, he perdonado lo que hiciste, había escrito Jenny, no porque lo que hiciste estuvo bien, nunca estará bien, sino porque entiendo ahora que tu traición vino de lugar de amor desesperado más que de deseo de control, entiendo que en ese momento imposible, elegiste mal pero

elegiste basándote en miedo de perderme más que en necesidad de dominarme, y aunque esa comprensión no cambia lo que sucedió, me permite ver el acto completo con más compasión de la que pude tener cuando estaba en medio del dolor.

Perdón sin reconciliación romántica, comprensión sin expectativa de reanudar lo que había terminado, era exactamente lo que Livin había necesitado sin saber que lo necesitaba, no una absolución completa de su culpa sino un reconocimiento de que había hecho el trabajo de transformarse, que había tomado su peor momento y lo había convertido en oportunidad para crecimiento genuino, había respondido a la carta de Jenny con gratitud y con su propia honestidad sobre dónde estaba en su viaje, había descrito su relación con Persephone, había compartido cómo la escritura del libro había clarificado su comprensión de su poder y sus responsabilidades.

Durante los meses siguientes habían intercambiado cartas ocasionales, no con frecuencia sino con consistencia, reconstruyendo gradualmente algo que se parecía a amistad pero que era diferente de lo que habían tenido antes, más cuidadoso, más consciente de los límites que necesitaban ser mantenidos, pero también más honesto sobre quiénes eran realmente y qué podían y no podían ser el uno para el otro, Jenny había comenzado a mencionar la posibilidad de visitarlo cuando estuviera en la costa este para una conferencia, y Livin había comenzado a imaginar cómo sería verla de nuevo, no como ex amante sino como alguien que había conocido sus peores partes y había elegido permanecer en su vida de todas formas.

El libro también había abierto puertas profesionales que Livin no había anticipado, varias universidades habían contactado sobre desarrollar cursos sobre ética de la influencia, sobre usar su experiencia personal como base para investigación más amplia sobre dinámicas de poder en relaciones, había comenzado a recibir invitaciones para hablar en conferencias sobre psicología social, sobre filosofía ética, sobre estudios de consentimiento, había descubierto que podía usar su historia no para ganancia personal sino como herramienta educativa, como manera de ayudar a otros a pensar más cuidadosamente sobre cómo usaban cualquier poder que poseían.

Y mientras trabajaba en estas nuevas direcciones, mientras enseñaba y escribía y hablaba sobre su experiencia, Livin había comenzado a desarrollar una relación diferente con su poder, ya no lo veía como maldición a ser suprimida ni como don a ser celebrado, sino como capacidad a ser entendida y manejada con la misma atención cuidadosa que cualquier persona debería traer a cualquier ventaja significativa que poseyeran, había aprendido que había contextos donde usar su influencia era apropiado, situaciones donde ayudar a alguien a ver perspectiva que no habían considerado era diferente de manipularlos hacia conclusión que no habrían alcanzado independientemente.

Había aprendido también que la distinción entre influencia apropiada y manipulación inapropiada no estaba en la técnica sino en la intención y en el respeto por la autonomía final del otro, podía presentar ideas persuasivamente mientras mantenía espacio para que otros rechazaran esas ideas, podía ser carismático sin ser controlador, podía tener presencia sin usar esa presencia como arma, eran distinciones sutiles que requerían atención constante, pero eran posibles con práctica y con compromiso genuino a principios éticos que él finalmente había internalizado no solo intelectualmente sino emocionalmente.

Una tarde de primavera, tres años después del incidente en el hospital con Jenny, Livin había estado sentado en Rittenhouse Square, el mismo banco donde había conocido al narrador que eventualmente contaría su historia a Jenny, mirando árboles que habían pasado por otro ciclo de muerte invernal y renacimiento primaveral, ciclo que se repetiría mientras los árboles vivieran, y había pensado que su propia vida había seguido patrón similar, había muerto en cierto sentido cuando había traicionado a Jenny, cuando había demostrado que sus principios tenían límites que no había querido admitir, pero de esa muerte había venido renacimiento, no transformación mágica sino crecimiento gradual y doloroso hacia versión de sí mismo que finalmente podía habitar con algo parecido a paz.

Marcus lo había encontrado allí, se había sentado sin decir nada durante varios minutos, luego había hablado con esa simplicidad directa que Livin había llegado a valorar más que cualquier otra cualidad en sus amigos, estás listo, había dicho Marcus, para lo que viene después, sea lo que sea, has hecho el trabajo, has pagado el precio de tus errores, has ganado el derecho a seguir adelante sin el peso de tu pasado definiéndote completamente.

Livin había asentido, había sentido la verdad de esas palabras de maneras que no habría podido sentir años antes, no porque había sido perdonado por todos, algunos nunca lo perdonarían y tenían ese derecho, sino porque finalmente se había perdonado a sí mismo no a través de negación de sus fallas sino a través de aceptación completa de ellas y compromiso genuino de vivir diferentemente adelante, el renacimiento no había sido evento singular sino proceso continuo, pero mirando los árboles verdes y sintiendo sol de primavera, Livin había pensado que tal vez, solo tal vez, finalmente había aprendido las lecciones que su extraordinario don había estado tratando de enseñarle toda su vida, que poder sin sabiduría era peligro, que influencia sin ética era tiranía, pero que poder usado sabiamente y influencia ejercida éticamente podían ser fuerzas para conexión genuina más que para manipulación, y que esa posibilidad, esa esperanza de usar sus dones de maneras que honraran la humanidad de todos los involucrados, era suficiente para construir un futuro que finalmente se sentía como su propio.

Capítulo 15

Jenny y el verdadero amor

El reencuentro había sido planeado con la meticulosidad de personas que habían aprendido que las cosas importantes no podían ser dejadas al azar, Jenny Morrison había regresado a Filadelfia para una conferencia sobre psicología emocional en el hotel Bellevue en Broad Street, y habían acordado encontrarse en Rittenhouse Square en una tarde de octubre, el mismo banco donde ella eventualmente contaría esta historia al narrador, el mismo lugar donde Livingstone O'Farril había pasado tantas horas de su vida reflexionando sobre el peso de su poder y el costo de su soledad.

Habían pasado cuatro años desde su última conversación en persona, cuatro años de cartas ocasionales y emails aún más ocasionales, cuatro años durante los cuales ambos habían vivido vidas completas y complicadas que se habían intersectado solo tangencialmente, Jenny había terminado su relación con el hombre gentil y sin complicaciones que había mencionado en su primera carta, no porque él hubiera hecho algo malo sino porque la simplicidad que había buscado después de Livin había resultado ser también una forma de vacío, había descubierto que extrañaba la complejidad, la profundidad de conexión que venía de estar con alguien que te desafiaba intelectual y emocionalmente.

Livin, por su parte, había continuado su relación con Persephone, que había evolucionado en asociación que ambos valoraban profundamente pero que ninguno de los dos había sentido la necesidad de formalizar a través de matrimonio u otras marcas convencionales de compromiso, era una relación que existía en sus propios términos, construida sobre respeto mutuo y autonomía completa, sin las presiones de expectativas sociales o la necesidad de demostrar su validez a través de rituales tradicionales, Persephone había apoyado completamente el reencuentro con Jenny, había reconocido que había historia sin resolver que necesitaba ser abordada antes de que Livin pudiera realmente seguir adelante sin el peso de remordimiento no procesado.

Cuando Jenny había llegado al banco, Livin ya había estado esperando, había estado mirando las hojas de otoño que caían con esa belleza melancólica que caracteriza la transición de una estación a otra, ella se había detenido por un momento antes de acercarse, observándolo desde distancia suficiente para que él no hubiera notado su presencia, y había pensado que se veía diferente, no físicamente aunque eso también era verdad, había envejecido de la manera en que las personas envejecen cuando han vivido vidas plenas, pequeñas líneas alrededor de sus ojos, algunas hebras grises en su cabello castaño, pero la diferencia real había sido en su postura, en la manera en que ocupaba espacio sin

parecer estar tomándolo de alguien más, había tenido una quietud que no había poseído cuando estaban juntos.

—Hola Livin, había dicho ella finalmente, acercándose al banco, y él había levantado la vista y había sonreído con una calidez que había sido genuina pero también cuidadosa, consciente de no usar ninguno de los trucos que alguna vez habían sido tan automáticos como respirar.

—Jenny, había respondido, levantándose no para abrazarla porque no estaban seguros de si ese nivel de contacto físico era apropiado todavía, sino simplemente para estar de pie mientras ella se acercaba, te ves bien, te ves como si la vida te hubiera tratado amablemente.

—La vida me ha tratado exactamente como merecía ser tratada, había respondido ella, sentándose en el banco e indicándole que se uniera a ella, con momentos de alegría y momentos de dificultad, con lecciones que necesitaba aprender y personas que necesitaba conocer, ¿y tú?

—He estado aprendiendo, había dicho Livin, lentamente, dolorosamente, pero aprendiendo, cómo vivir con lo que soy sin dejar que defina completamente quién soy, cómo usar mi poder cuando es apropiado y cómo abstenerme cuando no lo es, cómo aceptar que nunca tendré certeza completa sobre mis efectos en otros pero que eso no me exime de responsabilidad de intentar minimizar daño.

Habían hablado durante horas mientras el sol de octubre se movía a través del cielo, habían revisado su historia juntos con la perspectiva que solo el tiempo y la distancia podían proveer, Jenny había compartido cómo la traición en el hospital había sido simultáneamente la cosa más dolorosa y la más instructiva que le había pasado, había forzado a examinar sus propias suposiciones sobre autonomía y control, sobre el equilibrio entre permitir que personas que amamos tomen sus propias decisiones incluso cuando pensamos que esas decisiones son equivocadas, y intervenir cuando el daño potencial parece demasiado grande.

—He llegado a entender, había dicho Jenny, que lo que hiciste fue terrible y también comprensible, que puedo sostener ambas verdades simultáneamente sin que una cancele la otra, usaste tu poder de manera que violó mi autonomía en el momento más vulnerable, y eso nunca estará bien, pero también lo hiciste desde lugar de amor genuino, desde incapacidad de soportar la idea de perderme, y aunque eso no justifica la acción, me ayuda a ver la acción completa con más compasión.

Livin había sentido algo aflojarse en su pecho, algo que había estado apretado durante cuatro años, no era perdón completo porque algunos actos no podían ser completamente perdonados, sino reconocimiento de humanidad compartida, aceptación de que todos somos complicados, que todos fallamos de maneras que reflejan tanto nuestros peores instintos como nuestras mejores intenciones.

—¿Alguna vez has usado tu poder con Persephone?, había preguntado Jenny, y había habido curiosidad genuina en la pregunta sin acusación o juicio.

—No puedo, había respondido Livin con algo que se parecía a alivio, ella es completamente inmune, es como si su mente tuviera defensas naturales que mi influencia no puede penetrar, y esa inmunidad es precisamente lo que hace nuestra relación posible, sé con certeza completa que cada elección que hace sobre estar conmigo es genuinamente suya.

—Eso debe ser tanto liberador como solitario, había observado Jenny, liberador porque finalmente tienes la certeza que has estado buscando, solitario porque significa que con el resto del mundo siempre tendrás esa duda.

—Es exactamente eso, había confirmado Livin, pero he aprendido a vivir con la duda, a aceptar que la incertidumbre es parte del precio de tener este poder, y he tratado de construir una vida donde uso el poder solo en contextos donde las consecuencias de su uso pueden ser claramente evaluadas como éticas o no éticas.

Jenny había asentido, había entendido el trabajo que eso requería, la vigilancia constante, la evaluación perpetua de cada interacción, he leído tu libro, había dicho, varias veces de hecho, y cada vez encuentro algo nuevo en él, algo que me hace pensar sobre mis propias formas de influencia, porque todos tenemos poder en ciertas situaciones, todos tenemos capacidad de afectar a otros de maneras que van más allá de nuestras palabras literales.

—Ese era precisamente el punto que esperaba que la gente sacara, había dicho Livin, que mi situación es extrema pero las preguntas que plantea son universales, todos necesitamos pensar sobre cómo usamos cualquier poder que tenemos, ya sea poder que viene de posición social, o de ventajas económicas, o de conocimiento especializado, o simplemente de relaciones donde una persona tiene más influencia emocional que la otra.

Habían continuado hablando mientras las sombras se alargaban y otros visitantes del parque comenzaban a dispersarse hacia sus hogares para la cena, eventualmente la conversación había llegado al tema que ambos habían estado evitando, la pregunta de qué eran ahora el uno para el otro, si había posibilidad de algo más que amistad distante mantenida a través de correspondencia ocasional.

—No puedo estar contigo románticamente otra vez, había dicho Jenny con gentileza pero con firmeza, no porque no te haya perdonado, creo que he hecho ese trabajo lo mejor que puedo, sino porque he construido una vida que funciona para mí, una vida donde no tengo que cuestionar constantemente si mis sentimientos son míos o si están siendo

sutilmente influenciados, necesito esa simplicidad ahora incluso si significa sacrificar la profundidad que teníamos.

—Lo entiendo, había respondido Livin, y había sido honesto, lo entiendo completamente, y no te estoy pidiendo que reconsideres, creo que tú y yo tenemos algo que es más valioso que romance de todas formas, tenemos historia compartida, tenemos comprensión mutua de lecciones difíciles aprendidas, tenemos respeto que ha sobrevivido a traición y dolor, eso es raro y precioso de maneras diferentes.

—¿Amas a Persephone?, había preguntado Jenny, y había habido solo curiosidad en la pregunta, ningún rastro de celos o posesividad.

Livin había considerado la pregunta cuidadosamente, la amo de la manera más auténtica que soy capaz de amar a alguien, había respondido, sé que mis sentimientos hacia ella son genuinos porque no están mezclados con mi poder, sé que sus sentimientos hacia mí son genuinos porque mi poder no funciona con ella, es diferente de lo que tú y yo teníamos, no necesariamente mejor o peor, solo diferente, contigo siempre hubo esa intensidad que venía de luchar constantemente contra complicaciones de mi influencia, con ella hay paz que viene de no tener que luchar para nada.

—Paz es subestimada, había dicho Jenny con sonrisa, he aprendido a valorar paz más que casi cualquier otra cosa, es por eso que la vida que he construido en la costa oeste funciona para mí, es tranquila, es predecible, no tiene el tipo de drama que caracterizó nuestro tiempo juntos.

Habían permanecido sentados en el banco mientras el crepúsculo comenzaba a caer sobre la ciudad, habían compartido actualizaciones sobre Marcus quien se había casado recientemente con alguien que Jenny había conocido brevemente, sobre la vida académica y sus alegrías y frustraciones, sobre padres que envejecían y responsabilidades que venían con eso, habían hablado como viejos amigos que se habían conocido profundamente una vez y que mantenían afecto mutuo incluso después de que las circunstancias habían hecho imposible la intimidad romántica.

Cuando finalmente se habían despedido esa noche, cuando se habían abrazado brevemente con el cuidado de personas que habían aprendido exactamente dónde estaban los límites apropiados, Jenny había dicho algo que se quedaría con Livin, has logrado algo raro, había dicho, has tomado tu peor cualidad, la cosa sobre ti que podría haberte convertido en monstruo, y la has transformado en herramienta para entender humanidad compartida, eso es tipo de redención que realmente importa, no redención que borra errores pasados sino redención que los transforma en sabiduría que puede beneficiar a otros.

Y mientras Livin había caminado de regreso a su apartamento esa noche, había pensado que Jenny había articulado algo que él había

estado sintiendo pero no había podido nombrar completamente, que redención verdadera no venía de ser perdonado por aquellos que habías dañado, aunque eso ayudaba, sino de tomar las lecciones aprendidas de tus fallas y usarlas para vivir mejor adelante, para ayudar a otros a evitar errores similares, para contribuir al mundo de maneras que de alguna manera balanceaban el daño que habías causado.

No era balance perfecto, nunca podría ser balance perfecto, pero era algo, era esfuerzo genuino de ser mejor, de usar poder más sabiamente, de construir conexiones que honraban autonomía de otros mientras aún permitían intimidad genuina, y mientras miraba las luces de la ciudad brillando en la oscuridad creciente, Livin había pensado que tal vez eso era suficiente, tal vez la búsqueda de amor verdadero no era sobre encontrar persona perfecta o sobre ser persona perfecta, sino sobre aprender a amar imperfectamente pero honestamente, a conectar genuinamente incluso cuando genuinidad era complicada por poderes que no podíamos completamente controlar, a seguir tratando de hacer lo correcto incluso después de haber demostrado que podíamos hacer lo incorrecto.

Jenny había dado su bendición no a través de reconciliación romántica sino a través de algo más profundo, reconocimiento de que él había hecho el trabajo de transformación, que había ganado el derecho de seguir adelante sin el peso de su peor momento definiéndolo para siempre, y esa bendición, ese perdón que no requería olvido sino solo reconocimiento de crecimiento genuino, era el verdadero amor que había estado buscando todo el tiempo, no amor posesivo o controlador, no amor que requería que otros conformaran a sus necesidades, sino amor que permitía a personas ser completamente ellas mismas mientras seguían conectadas a través de respeto mutuo y comprensión compartida de humanidad compleja y falible que todos compartimos.

Epílogo

Jenny Morrison no volvió al banco de Rittenhouse Square después de aquel último encuentro que me había relatado, aquella conversación final entre ella y Livingstone O'Farril que había cerrado el círculo de su historia compartida sin cerrarlo completamente porque las historias humanas nunca se cierran completamente, simplemente alcanzan puntos donde las narrativas pueden descansar sin requerir resolución adicional, durante varias semanas después de nuestro último encuentro había regresado al parque con la esperanza de encontrarla otra vez, de preguntarle las docenas de preguntas que sus relatos habían generado, de entender más profundamente las lecciones que la historia de Livin había enseñado, pero el banco había permanecido vacío de su presencia, ocupado solo por otros visitantes del parque que no sabían nada sobre las historias extraordinarias que habían sido compartidas allí.

Eventualmente había aceptado que Jenny había dicho todo lo que había venido a decir, que había usado nuestros encuentros para procesar su propia historia tanto como para contármela, que tal vez el acto de narrar le había permitido finalmente dejar ir completamente algo que había estado cargando durante años, había desaparecido tan misteriosamente como había llegado, dejándome con una historia que no sabía exactamente qué hacer pero que sentía la obligación de preservar de alguna manera, de darle forma que permitiera a otros acceder a las verdades que contenía.

Había comenzado a escribir la historia casi inmediatamente después de que las conversaciones con Jenny habían terminado, al principio solo como manera de procesar lo que había escuchado, de organizar los fragmentos narrativos que ella había compartido en algo coherente y completo, pero gradualmente el proyecto de escritura se había convertido en algo más significativo, había comenzado a ver la historia de Livingstone O'Farril no solo como relato individual fascinante sino como meditación sobre preguntas que eran relevantes para todos, sobre poder y responsabilidad, sobre voluntad y autonomía, sobre la naturaleza del amor verdadero cuando una persona en la relación posee capacidades que la otra no posee.

Porque eso era lo que la historia de Livin realmente era, no historia sobre hombre con superpoderes sino historia sobre todos nosotros, todos tenemos formas de influencia que no reconocemos completamente, todos tenemos poderes que vienen de nuestras posiciones en jerarquías sociales, de nuestras ventajas económicas o educativas, de nuestro conocimiento especializado o simplemente de nuestra personalidad y carisma natural, y todos enfrentamos constantemente elecciones sobre cómo usar esos poderes, si los usamos para beneficio propio o para bien común, si respetamos la autonomía de aquellos que influenciamos o si tratamos sus voluntades como obstáculos a ser superados.

La historia de Livin era extrema en su claridad pero las preguntas que planteaba eran universales, padres tienen poder sobre sus hijos y deben decidir constantemente dónde está la línea entre guiar y controlar, profesores tienen poder sobre estudiantes y deben navegar el equilibrio entre inspirar y manipular, líderes en organizaciones tienen poder sobre aquellos que dependen de ellos para empleo o recursos y deben elegir entre usar ese poder éticamente o explotarlo para ganancia personal, incluso en relaciones románticas entre aparentes iguales, generalmente hay asimetrías de poder que pueden ser usadas para bien o para mal.

Lo que hacía la historia de Livin tan instructiva no era que él era monstruo que abusaba consistentemente de su poder, era precisamente lo opuesto, era que él era fundamentalmente buena persona que luchaba genuinamente con las implicaciones éticas de su don, que trataba de hacer lo correcto pero que fallaba repetidamente, que

aprendía de sus errores pero que luego cometía nuevos errores, que finalmente alcanzaba algo parecido a sabiduría pero solo después de años de dolor tanto autoinfligido como infligido a otros, su historia era instructiva porque era humana, porque mostraba no ideales abstractos de comportamiento ético sino lucha real de alguien tratando de vivir con integridad mientras poseía poder que hacía la integridad extraordinariamente difícil.

Había intentado encontrar a Livin después de escribir el primer borrador de su historia, había sentido que era ético al menos informarle que estaba documentando su vida, ofrecerle oportunidad de corregir errores factuales o de objetar a la publicación si sentía que violaba su privacidad de maneras inaceptables, pero cuando había buscado Livingstone O'Farril en directorios académicos y bases de datos profesionales, había descubierto que había tomado licencia extendida de su posición de enseñanza, que había dejado la ciudad según algunos conocidos con quienes había logrado conectar, que aparentemente había decidido que necesitaba otro período de retiro o reinvención.

Marcus Thaddeus, a quien finalmente había logrado contactar a través de redes académicas, había confirmado que Livin había dejado Filadelfia pero había sido vago sobre los detalles, está haciendo el trabajo que necesita hacer, había dicho Marcus durante nuestra breve conversación telefónica, está aprendiendo todavía, creciendo todavía, probablemente siempre estará aprendiendo y creciendo porque ese es el precio de vivir conscientemente con el tipo de poder que posee, pero está en buen lugar, está con alguien que lo ama por quien es, está contribuyendo al mundo de maneras que honran las lecciones que ha aprendido.

Marcus no había objetado a mi proyecto de escritura cuando le había explicado, de hecho había parecido aliviado de que alguien estuviera documentando la historia de Livin, la gente necesita escuchar historias como esta, había dicho, necesitan pensar sobre sus propias formas de poder y cómo las usan, si la historia de Livin puede ayudar aunque sea a una persona a vivir más éticamente con cualquier poder que posea, entonces el dolor que experimentó al aprender sus lecciones habrá servido propósito más allá de su propio crecimiento.

Y así había completado la escritura de esta historia, no como biografía definitiva sino como meditación sobre temas que la vida de Livin iluminaba, sobre la naturaleza del poder y cómo corrompe o ennoblece dependiendo de cómo es usado, sobre la voluntad y hasta qué punto somos realmente libres cuando estamos constantemente siendo influenciados por fuerzas que no reconocemos completamente, sobre el amor verdadero y qué significa amar a alguien cuando tienes capacidad de alterar sus sentimientos hacia ti.

Había llegado a entender, a través del proceso de escribir esta historia, que la mirada que enamora, esa mirada que Livin había poseído desde niño y que había sido tanto bendición como maldición, solo era valiosa

cuando no se usaba, cuando se contenía conscientemente en nombre de permitir que el amor surgiera naturalmente sin la distorsión de influencia extraordinaria, la paradoja era que el poder más grande que Livin había desarrollado no era su capacidad de hacer que otros lo amaran sino su capacidad de abstenerse de usar esa capacidad, de elegir vulnerabilidad y posible rechazo sobre certeza obtenida a través de manipulación.

Jenny había entendido esto mejor que nadie, por eso había podido perdonar sin olvidar, por eso había podido mantener amor por Livin incluso después de que él había traicionado su confianza de la manera más fundamental, porque había reconocido que su traición había venido de lugar de amor genuino, que incluso en su peor momento él había estado luchando con las complejidades de su poder en lugar de simplemente ejerciéndolo sin consciencia o remordimiento, había perdonado no el acto sino la humanidad del actor, no la traición sino al hombre que había traicionado porque no podía soportar la idea de perder a alguien que amaba.

Y eso, finalmente, era la lección central de la historia de Livingstone O'Farril, que somos todos humanos, todos falibles, todos capaces tanto de gran bondad como de gran daño, todos luchando con poderes que no entendemos completamente y con responsabilidades que no siempre honramos como deberíamos, la diferencia entre aquellos que merecen perdón y aquellos que no, entre aquellos que crecen de sus errores y aquellos que simplemente los repiten, no está en si cometen errores, todos los cometemos, sino en si aprenden de ellos, en si hacen el trabajo difícil de transformación, en si usan sus peores momentos como oportunidades para convertirse en mejores versiones de sí mismos.

Livin había hecho ese trabajo, no perfectamente, probablemente seguiría haciendo ese trabajo por el resto de su vida porque ese tipo de trabajo nunca está completamente terminado, pero lo había hecho con suficiente compromiso y honestidad como para ganar el derecho de seguir adelante sin el peso de su pasado definiéndolo completamente, había aprendido que el poder sin sabiduría era peligro, que la influencia sin ética era tiranía, que el amor que requería manipulación no era amor en absoluto, y había usado esas lecciones para construir una vida que honraba tanto sus dones como sus responsabilidades.

Mientras terminaba de escribir esta historia, mientras consideraba qué hacer con ella una vez que estuviera completa, había pensado en Jenny Morrison sentada a mi lado en ese banco en Rittenhouse Square, compartiendo pedazos de una historia que claramente había significado todo para ella, confiando en un extraño con los secretos más profundos de alguien a quien había amado profundamente, y me había preguntado si ella había sabido cuando comenzó a contarme la historia dónde terminaría, si había anticipado que me llevaría a este lugar de comprensión sobre la naturaleza del poder y del amor, o si ella misma había estado descubriendo estas verdades en el proceso de articularlas.

Probablemente nunca sabría las respuestas a esas preguntas, Jenny había desaparecido tan completamente como había aparecido, dejando solo la historia y las reflexiones que había provocado, pero tal vez eso era apropiado, tal vez las mejores historias son aquellas que los narradores comparten y luego liberan, permitiéndoles vivir independientemente en las mentes de quienes las escuchan, transformándose con cada recontado, acumulando nuevos significados con cada audiencia nueva.

Esta era la historia de Livingstone O'Farril tal como me la contó Jenny Morrison durante aquellas tardes de otoño en Filadelfia, una historia de miradas que enamoran y corazones que se rompen, de poder que corrompe y redención que se gana dolorosamente, de la búsqueda eterna de amor auténtico en un mundo donde la autenticidad es siempre cuestionable y la certeza es siempre elusiva, era una historia que necesitaba ser contada y ahora ha sido contada, y lo que cada lector haga con ella, qué lecciones extraiga, qué preguntas le provoque, eso es algo que no puedo controlar ni debería tratar de controlar.

Porque esa es la lección final que la historia de Livin enseña, que debemos compartir nuestras verdades sin tratar de controlar cómo otros las reciben, que debemos influir sin manipular, que debemos amar sin poseer, que debemos usar cualquier poder que tengamos con la conciencia constante de que el poder más grande es el poder de contenerse, de elegir no usar nuestras ventajas cuando usarlas comprometería la autonomía de aquellos que afectamos, y si podemos aprender eso, si podemos vivir con esa consciencia, entonces tal vez nuestras miradas también pueden enamorar, no a través de trucos o manipulación sino a través de la autenticidad radical de permitir que otros nos vean completamente y elegir vernos de todas formas, miradas que enamoran no porque obliguen sino porque invitan, no porque controlen sino porque conectan, no porque cambien la voluntad de otros sino porque respetan esa voluntad incluso cuando significa que podríamos no obtener lo que queremos.

Esa es la historia, esa es la lección, y ahora es tuya para hacer con ella lo que elijas.

—FIN